

LA FUNCION PROFETICA DEL PUEBLO DE DIOS
PONENCIA EN EL CONCILIO VATICANO II (1)
(23-X-1963)

“Venerables Padres, muy queridos Auditores y carísimos Observadores:

La redacción del capítulo acerca del Pueblo de Dios es, según creo, de la mayor importancia para perfeccionar la imagen de la Iglesia, como ya ha sido dicho en esta Aula conciliar.

En efecto, en el cap. I, la descripción de la Iglesia necesariamente debía ser de carácter “esencial”; bellísima, ciertamente, pero, por así decirlo, un tanto abstracta e intemporal; en cambio la Iglesia que peregrina en la tierra, es un misterio encarnado en la historia humana.

En mi modesta opinión, se hace necesario que este esquema, redactado por nuestro Sínodo pastoral y ecuménico, señale también algunos elementos más cercanos a la existencia concreta.

Esto puede llevarse a cabo con propiedad y de mejor manera en un capítulo acerca del Pueblo de Dios que en el otro sobre el misterio de la Iglesia. Para proceder más teológicamente, opino que se debe introducir en este capítulo la descripción de la triple función del pueblo de Dios, es decir, la función profética, sacerdotal y real, en la que puede hallarse concretamente toda la misión de la Iglesia en la historia.

El capítulo acerca de la jerarquía aplica con acierto esta triple función a los que presiden; y el cap. IV sobre los laicos, debería aplicar también esto a los mismos laicos. De este modo, tendríamos idénticas categorías teológicas en todo el esquema y se aseguraría mejor su unidad (2).

En nombre propio y en el de más de sesenta obispos de América Latina entregaré por escrito a la Secretaría una visión de conjunto sobre la totalidad.

Séame permitido ahora añadir algo acerca de la función profética del Pueblo de Dios.

(1) Texto latino original: *Acta Synodalis Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II*. Vol. II. Periodus Secunda.

Pars III (Congregationes Generales L-LVIII). Typis Polyglottis Vaticanis, 1972, pp. 223-226.

Traducción del P. Fernando Retamal.

Esta es la 54ª Congregación General y en ella se debate el esquema “De Ecclesia”.

(2) “El Emmo. Cardenal Raúl Silva ya se ha referido suficientemente en esta Aula conciliar a esta visión de acuerdo a las tres funciones indicadas”.

La función profética del pueblo de Dios, implica para todos la grave obligación de predicar y de dar testimonio.

El Pueblo de Dios es "testigo" o "mártir" (3) del misterio de Cristo entre los hombres, mediante su palabra, su actuación y su vida entera. Se aplica con razón a todo el pueblo de Dios lo que el evangelista dijo acerca de Juan Bautista: "El no era la luz, sino quien diera testimonio de la luz" (4).

En la consagración bautismal, por la cual el pueblo de Dios se dilata, todo fiel es signado en vistas de un testimonio; la regeneración en Cristo, al hacernos participantes de su muerte es, en verdad, una vocación ontológica para el testimonio, y como una tendencia sobrenatural conferida en orden al martirio. El pueblo de Dios está en el mundo para dar testimonio de la verdad (5) y debe saber que el martirio es la culminación del testimonio (6)... , la inevitable imitación del camino de la cruz (7), a través del cual el Señor ha vencido al mundo (8).

Por consiguiente, el capítulo acerca del pueblo de Dios, debe hablar con claridad acerca de este oficio profético de predicar y dar testimonio.

1. La palabra misma de Dios contenida en el depósito de la revelación y entregada al pueblo de Dios, es la que lo impulsa a ejercer esta función profética. La posesión de la palabra de Dios no implica una recepción pasiva, como si se tratara de defenderla encerrada en un cofre para que no se pierda. Las palabras de la revelación son espíritu y vida, no para perfeccionar algún "sistema" doctrinal: la revelación no puede reducirse a la teología, sino que es una buena nueva, "evangelio" de renovación, que debe hacer fermentar a toda la masa de la humanidad.

El pueblo de Dios, portador de la fuerza de esta palabra, debe dar testimonio de ella, ya sea en la predicación ya sea en un estilo evangélico de vida. El esquema habla lo bastante acerca del magisterio de los obispos y del Romano Pontífice, pero poco acerca de la predicación. Con todo, la misión de la Iglesia se realiza ante todo por la predicación del Evangelio. En efecto, ¿cómo creerán los hombres si no escuchan?, ¿y cómo escucharán sin nadie que les predique?

La predicación del Evangelio conlleva siempre el contacto de una persona con otra, puesto que la vocación personal de Jesucristo sólo se transmite mediante la palabra personal de sus ministros. Los modernos medios técnicos de multiplicación y difusión de las palabras e imágenes, aunque útiles e incluso necesarios en las actuales circunstancias, no pueden sustituir a la palabra personal por la cual cada apóstol habla al corazón de los hombres.

(3) El término "mártir" en su significado original griego significa "testigo".

(4) *Jn.* 1,8.

(5) *Jn.* 18,37.

(6) *Ap.* 11,7.

(7) *Ap.* 11,8.

(8) *Jn.* 16,33.

Junto con la predicación, esta misión de la Iglesia requiere también el testimonio de un estilo evangélico de vida. Como escribió S. Cipriano: “nosotros los cristianos no hablamos grandezas, las vivimos”. El estilo evangélico de vida debe ser percibido clara y constantemente a través de una pobreza no ficticia, de la castidad del amor, de la obediencia libre, de la oración y el ayuno, de las persecuciones, de la caridad.

2. Históricamente, o sea en la existencia concreta de la Iglesia que peregrina, el Pueblo de Dios no siempre ha cumplido bien esta función, tal como hemos visto en la historia del antiguo Israel. El nuevo capítulo acerca del pueblo de Dios, presenta la oportunidad de indicar claramente la distinción que debe hacerse entre la esencia inmaculada de la Iglesia sin ninguna arruga, y los pecados y defectos de sus miembros a través de los siglos. De este modo en el esquema será imposible aquella visión angelical; por el contrario, la descripción de los miembros mismos del pueblo de Dios que hacen penitencia, que imploran la misericordia divina y se perdonan mutuamente las ofensas, mostrará a los hombres con mayor verdad también los aspectos humanos del misterio de la Iglesia. Por lo demás ¿no es acaso la penitencia una de las virtudes específicas a la cual se consagran los cristianos mediante un sacramento determinado?

3. La obligación de dar testimonio del misterio de Cristo entraña la necesidad de una permanente reforma del pueblo de Dios, tal como ha sido señalado en este Sacrosanto Sínodo. A fin de que la luz de Cristo no quede oscurecida, la Iglesia debe amar la renovación y la adaptación como una característica inherente al pueblo peregrino.

Más todavía, para realizar dicha reforma el Espíritu suscita testigos especiales, los santos y los mártires adornados con carismas peculiares, de los cuales la Iglesia jamás ha carecido ni carecerá. Recordad, Padres, por ejemplo a S. Francisco de Asís o a S. Carlos o a los santos fundadores.

4. En fin, la misión histórica de la Iglesia invita siempre a la conversión: “Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2,38). La “conversión” consiste siempre en una actitud personal que impulsa a los hombres a abandonar sus malas acciones y profesar su fe en Cristo resucitado. Sin embargo, la conversión verdadera no es fruto de una imitación exterior ni de decretos de pública autoridad, ni de cierta apetencia de bienes materiales, ni una religiosidad sentimental o puramente natural, ni de un impulso de devoción imbuido de superstición. Para la conversión se requiere siempre el testimonio viviente de los que tienen fe: “seréis mis testigos”.

El valor del esquema dependerá, pues, de una más clara enseñanza acerca de la función profética del pueblo de Dios. Gracias. He dicho”.

PRIMERA ETAPA DEL CONCILIO VATICANO II.
IMPRESIONES RELATIVAS A ELLA (1)
(... - XII - 1962)

I. *Saludos y gratitud*

Mis primeras palabras al regresar a la Diócesis después de esta primera etapa del Concilio Vaticano II, deben ser de saludo y de gratitud.

De saludo a sacerdotes, autoridades, fieles, amigos: a todos sin excepción. Su recuerdo me ha acompañado en estos meses de ausencia, y en todo momento he sentido que no he actuado a nombre propio sino como pastor de esta Diócesis tan amada.

De gratitud hacia Dios que me ha permitido vivir estos días inolvidables que marcarán ciertamente una época en la historia de la Iglesia y de la humanidad.

El Concilio no es un simple acontecimiento humano; es una concentración de la acción de la gracia visible del Espíritu Santo que nos es enviado por la cabeza del Cuerpo Místico, Cristo.

Los Padres Conciliares somos modestos instrumentos del Divino Espíritu. Hemos sentido esa responsabilidad. De ahí que si a algunos el trabajo puede aparecer lento, esa aparente lentitud no es sino el sentido vivo y agudo de un trabajo que no puede hacerse superficialmente, que es intenso y difícil, que debe de una parte conservar el depósito sagrado de la revelación, y de otra adaptarlo a las necesidades del mundo y de los hombres de nuestra edad.

Hemos sentido vivo el espíritu de solidaridad de las generaciones; con las que nos precedieron, para continuar su labor, y con las que vienen para proyectar el mensaje de Cristo en una nueva edad que nace. Hemos trabajado con una perspectiva histórica de siglos.

II. *La labor desempeñada por los Padres Conciliares*

Un rápido balance nos muestra el trabajo realizado en estos días; se celebraron 36 Congregaciones generales, es decir asambleas plenarias, dentro de las cuales se realizaron 35 votaciones. Hubo 590 interven-

(1) Aparecido en: *D. M.*, p. 4 .

ciones orales, más de 530 intervenciones escritas al través de las cuales se expresó la preocupación e interés general de los Padres del Concilio.

El primer trabajo fue el de formar las Comisiones Conciliares, que son de gran importancia para el desarrollo del Concilio. La tarea no era fácil, ya que, recién llegados, aún no se conocían suficientemente los Obispos entre sí.

Pero, pronto se establecieron los contactos y las Comisiones expresaron la realidad y el sentir de los Padres Conciliares.

La Sede de la Conferencia Episcopal Chilena, fue en esos días uno de los más grandes centros de actividad del Concilio. Tres Obispos chilenos, entre los cuales el de Talca, fueron elegidos como Comisarios o sea miembros de las Comisiones Conciliares.

Durante los 57 días de esta primera etapa se pusieron en discusión 5 esquemas. Sagrada Liturgia, Divina Revelación, Instrumentos de comunicación social, Unidad de la Iglesia, y la Iglesia de Cristo.

Pero, sobre todo, a través de la discusión de los esquemas se dio la estructuración definitiva del mismo Concilio, determinando claramente su finalidad concreta, dándole una línea inconfundible de orientación netamente pastoral y designando especiales personas para la aplicación de estas normas orgánicas del Concilio.

Quisiera hacer notar tres características que presidieron todas nuestras reuniones: la primera, la libertad de expresión de los Padres. En varias ocasiones hablé largamente con los observadores protestantes y ellos me hicieron saber su admiración ante esta libertad. La Iglesia Católica no era la que falsamente les habían pintado: la Iglesia del temor o de la coacción, sino la casa paterna donde se vive la verdadera libertad de los hijos de Dios.

La segunda, el sentido pastoral que dominaba todos los debates. No era ni una verdad escueta, ni una verdad polémica la que se exponía, sino una verdad orientada a dar al mundo la palabra de salvación y la gracia redentora. Más que reunión de doctores o maestros, el Concilio Vaticano II es una reunión de pastores. La inquietud de las almas, el ímpetu misionero, el ansia de cumplir el mandato supremo de Cristo de evangelizar, era la nota central que dominaba el Concilio.

Por último, el sentido agudo de que este Concilio debe marcar una etapa trascendental en la acción futura de la Iglesia, haciéndola presente en los grandes problemas de nuestra época y dándole así esa fisonomía de actualidad en la perennidad que acompaña su acción evangelizadora.

III. *La Fisonomía del Concilio Vaticano II*

Dentro del desarrollo en 57 días, breve para la historia de un Concilio, ya se perfilan claramente los aspectos peculiares que han de determinar su fisonomía. Señalemos algunos:

1) En el aspecto doctrinal, el interés principal del Concilio es la doctrina de la Iglesia *Ecclesia Christi, Lumen Gentium*. La Iglesia de Cristo luz de los pueblos. Es el signo levantado entre las naciones; en Ella vive Cristo, guiando a la humanidad; es el Cuerpo de Cristo; es la comunión del amor; es la familia de Dios.

2) La Iglesia quiere dialogar con el mundo de hoy; junto con admirar y animar sus conquistas y progresos técnicos, busca y quiere su salvación eterna. Ella es Madre y tiene por misión ser la conciencia de la humanidad y la luz de su historia.

3) La Iglesia debe ser sobre todo la Iglesia de los pobres. Es un aspecto esencial de la Iglesia peregrinante en la tierra. La Iglesia es de todos, pero en especial de los pobres. Los tres grandes momentos de la Iglesia que hacen vibrar en la tierra su vitalidad son la Eucaristía, la Jerarquía, los Pobres. Los Padres Conciliares quieren considerar profundamente la conexión interna entre la presencia en la acción eucarística y en la sagrada jerarquía. De ahí que los grandes capítulos del Concilio son: la renovación de la sagrada liturgia como medio de vivir el misterio eucarístico; la paternidad del Obispo, su misión fundamental en la Iglesia, el sentido misionero del apostolado dependiente en todo del Obispo la importancia de las conferencias episcopales y la promoción del laicado a su edad adulta apostólica, íntimamente asociado al ministerio jerárquico; por último, la Iglesia debe estar en el primer sitio del movimiento mundial que busca el mejoramiento de la suerte de los pobres y de los oprimidos. Hay que realizar, dijeron los Padres Conciliares, en su mensaje al mundo, "la gran justicia del Reino de Dios". La justicia de que trata la Encíclica *Mater et Magistra* y sobre la cual acabamos de hablar hace tres meses los obispos chilenos. La justicia proclamada por Jesús, a la luz de los pobres". "El Concilio debe ser, dijo Juan XXIII, una escuela de fraternidad y de amor". Debe anudar una cadena de amor alrededor de la cintura negra de miseria que estrecha hoy a la humanidad.

IV. *La Dimensión Ecuménica del Concilio Vaticano II*

De otra parte, aunque el Concilio es un acto interno de la Iglesia, la nota ecuménica de la unidad con los hermanos separados, ha vibrado constantemente. Los observadores de las Iglesias no católicas estuvieron presentes en todos los debates, recibieron todos los documentos de estudio entregados a los Obispos, y reinó entre ellos y nosotros un ambiente no sólo de cordialidad, sino de fraternidad extraordinaria. Un observador me hacía notar su profunda impresión ante ese signo de caridad fraterna que presidió todas las relaciones entre católicos y no católicos durante el Concilio. Eso no es complejo de inseguridad o claudicación con la verdad, sino gran esperanza de que el anhelo supremo de Cristo "Que sean una sola cosa" se realice. Lo que saldará respecto a la unión lo igno-

ramos, lo que sí sabemos es que muchos prejuicios han caído por ambos lados y que un paso de siglos se está realizando.

V. Reflexiones finales

Y debo terminar con dos reflexiones:

1. La primera, es la alegría inmensa que experimento ante esta etapa del Concilio. Los impacientes, los que quieren ver cosas nuevas o espectaculares, los que creen que la Iglesia va a cambiar en sus puntos esenciales, puede ser que se sientan desilusionados. Pero los que hemos vivido el Concilio por dentro, los que hemos palpado la intensificación de la comunión vital católica entre todos los Padres, los que hemos visto la libertad reinando en la caridad, sentimos que estamos viviendo el nacer de una nueva era pastoral para la Iglesia.

Alegría también, ¿por qué no decirlo? al ver la posición en el Concilio del Episcopado Chileno, altamente estimada por todos los Obispos de los otros países. El día antes de partir, un Cardenal alemán junto con un Obispo francés, me dijeron: "debo confesarle que la gran revelación de este Concilio ha sido para nosotros europeos, el Episcopado Latinoamericano, y de un modo muy singular el chileno".

2. La segunda reflexión es la necesidad de no decaer en nuestro espíritu de oración y de penitencia. Los meses de interrupción no serán para nosotros de descanso. Hay trabajos difíciles y delicados que debemos proseguir. El Concilio ha comenzado ahora y necesita la asistencia del Espíritu Santo que debemos alcanzar con nuestras oraciones y sacrificios.

Es impresionante: al llegar a Roma me encontré con cartas dirigidas a mí desde Thailandia, Ceylán y otros países lejanos en que me decían que oraban por cada Padre del Concilio y que a ellos les había tocado orar por mí. Los Católicos alemanes y de otros países de economía desarrollada están realizando colectas a base de sacrificios personales para costear los viajes y estadía de los Obispos de países en débil situación económica.

Es una gran marea espiritual la que se levanta con el Concilio, y como hermosamente lo dijera Jean Guitton (2), de la Academia Francesa, "el cohete espacial del Concilio ha sido lanzado y nada podrá detenerlo en su marcha".

Con estas palabras he querido resumir algunos de los sentimientos e impresiones a mi llegada del Concilio.

A todos, mis saludos cariñosos y mi paternal bendición.

Quiero, por medio de las páginas de *La Mañana* hacer llegar a todos estos sentimientos, saludos e impresiones.

(2) Jean Guitton. Famoso literato francés contemporáneo. Tiene obras sobre Plotino, Agustín y otros temas filosóficos, religiosos y ecuménicos. Es amigo personal de Pablo VI.

Algunos subtítulos han sido agregados para facilitar su lectura.

APRECIACIONES EN TORNO AL CONCILIO Y SU PREPARACION (1) (11-XI-1961)

Hemos creído de interés para nuestros lectores, acercarnos al Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis, Mons. Manuel Larraín, que acaba de regresar de una de las reuniones plenarias preparatorias al Concilio Vaticano II, que se celebrará en Roma.

Mons. Larraín nos recibe gentilmente, respondiendo a las preguntas que le formulamos.

Para muchos, nos dice, la palabra Concilio Ecuménico les ha sonado extraña. Pensaban que era algo pasado, como las Cruzadas. Y sin embargo, nosotros los hombres del siglo XX, que vivimos en los tiempos de la energía atómica y de los "robots", vamos a ser contemporáneos de un Concilio. Más de 1.600 obispos venidos de todas las partes del mundo, se reunirán en fecha relativamente próxima en Roma. Esta asamblea será no sólo internacional —la más grande internacional que exista ya que ningún lugar de la tierra dejará de estar representado—, sino que contará, así lo dice S.S. Juan XXIII, con la presencia de los cristianos que no son católicos, que han estado separados por siglos de distancia y aún de oposición, a buscar la unidad de la Iglesia fundada por Jesucristo.

Para comprender, continúa Mons. Larraín, lo que es un Concilio, debemos recordar lo que los Obispos representan en la Iglesia. Ellos son los sucesores de los Apóstoles. Cristo fundó su Iglesia sobre el Colegio Apostólico, con Pedro a su cabeza. Los Obispos de todo el mundo, presididos por el Papa y bajo su autoridad, representan la continuación del Colegio Apostólico primitivo.

Los Concilios Ecuménicos se celebran con bastante distancia en la Iglesia. El último, fue el Vaticano I en 1870 bajo Pío IX, y el anterior había sido el de Trento, iniciado en 1545. Pero, el que ahora va a celebrarse, tendrá una importancia especial y podemos decir que será el más grande de la historia. En primer lugar, su importancia numérica. Como decía, se estima que el número de Obispos convocados será alrededor de 1.600. En segundo lugar, su importancia geográfica. Hace un siglo, el Africa era una tierra desconocida, otro tanto la Australia y parte del Asia. Hoy existen numerosos Obispos nativos de todas esas tierras. Ya, nos dice Mons. Larraín, en las reuniones preparatorias se siente ese ambiente universal. En la reciente, a la cual acabo de asistir, me tocaba sentarme entre un Obispo japonés y otro de Sud-Africa. Poco más allá, se veía a

(1) Reportaje del *D. M.*

un Obispo negro del Dahomey y a un Canadiense. En realidad, es admirable ver cómo inmediatamente se establece ese sentido de la unidad espiritual sobre razas y continentes.

—Y ¿qué lengua se habla, preguntamos?

Antes de las sesiones, nos dice Mons. Larraín, se oyen diferentes lenguas, especialmente el francés, inglés y alemán.

—¿Y el español? interrogamos:

En realidad, nos responde Monseñor, somos muy pocos en esa Comisión los de habla española; sólo el Secretario de la Acción Católica Española y su servidor. Pero, el Cardenal Cento, que la preside, y que estuvo en Chile, me saluda cada mañana con un cariñoso “buenos días Excelencia”, discretamente pronunciado. Puede decirse que el idioma más usado es el francés, que prácticamente lo hablamos todos los miembros de la Comisión. Pero, en la sesión, el idioma oficial es el latín. Evidentemente que para tratar problemas como los que ocupan a mi comisión, relacionados con el apostolado laico; acción social y asistencia, no siempre se encuentran en latín los conceptos y frases que respondan a situaciones y problemas que no existían en los tiempos de Cicerón y Ovidio.

Ciertamente, continúa Mons. Larraín, el Concilio tendrá una importancia espiritual extraordinaria, ya que su universalidad completa será la expresión visible de una universalidad de Iglesia que no conoce fronteras.

—¿Vendrán, preguntamos, los Obispos de detrás de la cortina de hierro y de bambú?

Ciertamente, nos responde el Sr. Obispo, eso se ignora y probablemente, dadas las condiciones actuales, será muy difícil. Su dolorosa ausencia será un testimonio mudo del drama del mundo de hoy.

Pero, seguimos preguntando, ¿por qué este Concilio y cuál será la obra que realice?

Monseñor se detiene unos minutos y nos dice: es menester que los católicos abran los ojos y se den cuenta del mundo en que viven. No todos lo saben, y otros parece que no quisieran saberlo. Los Obispos en Chile hemos hablado con mucha claridad. No siempre hemos sido escuchados. Yo pienso, continúa, que el Concilio va a mostrar más que nunca a la Iglesia unida, no sólo en torno a la doctrina esencial, que ya lo está, sino, sobre todo, a la comprensión del mundo de hoy y a la solución que los cristianos debemos presentar. Muchas veces, el peligro mayor no es tanto la audacia de los enemigos de la Iglesia, cuanto la inconsciencia de los cristianos para comprender la misión que Dios exige de ellos en este mundo de hoy.

La evolución del mundo, continúa Monseñor, presenta a la Iglesia una serie de problemas que las resoluciones del Concilio deberán considerar. Piense un instante, nos dice, con una mirada llena de angustia; los dos tercios de la humanidad están sub-alimentados ¿podrá el mundo cristiano ignorar este hecho que los Papas han repetidamente señalado?

Al lado del hambre de los cuerpos, está la de las almas. Una proporción grande del mundo que crece demográficamente, ignora el Cris-

tianismo. ¿Tomarán *todos y cada uno* de los católicos conciencia de su misión apostólica en el mundo actual?

Una violenta corriente atea atraviesa el mundo. Ya ha descristianizado regiones enteras y dejado impermeables a la evangelización otras. ¿Qué deben hacer los cristianos de hoy ante este hecho?

El cristiano de hoy, vive en contacto con numerosos no cristianos ¿cuál debe ser su actitud y su formación ante esta realidad?

Vemos el término de una era colonialista y el nacimiento de nuevas nacionalidades. El racismo aun crece en algunas regiones del mundo. ¿Cómo llevar el mensaje de paz y de amor a un mundo dividido? ¿Cómo hacer que la fraternidad universal de los hombres, que está en la base del Evangelio, sea vivida por todos?

Como ve, mi amigo, nos dice, Monseñor, no faltan problemas a la Iglesia y al Concilio, y todos ellos van a tener que pesar en las decisiones que esta asamblea tome.

Dos últimas preguntas, Monseñor. ¿No se va a tratar el problema de los cristianos separados de Roma?

Les responderé, nos dice, con las palabras mismas del Papa:

“El Concilio debe ante todo afirmar y vivificar la organización de la Iglesia”. Entonces “cuando la Iglesia haya realizado ésta, se volverá hacia los cristianos separados y les dirá: Ved lo que es la Iglesia, lo que Ella ha hecho, cómo se presenta; y cuando la Iglesia aparezca ante ellos, sanamente modernizada, rejuvenecida, podrá decir a los hermanos separados: unámonos”.

Debo añadirle, que hay entre las Iglesias separadas de Roma, una corriente de caridad fraterna que realmente emociona. Tengo especial amistad con una Comunidad no católica de Francia, la de Taizé, me une con su superior un fraterno afecto y he podido palpar en las conversaciones y cartas que hemos tenido, cómo el Espíritu Santo está realizando una unión de caridad entre hermanos separados, que es augurio de una unión más profunda y estable en el futuro.

Debo terminar, nos dice Mons. Larraín, pero antes quisiera por su intermedio, decir dos cosas a los lectores de “*La Mañana*”:

— Primero, la satisfacción que experimento al pensar que por mi modesto intermedio, la Diócesis de Talca está representada en la preparación de este magno acontecimiento que ciertamente marcará época en la vida de la Iglesia. Quiero añadirles, que cuando estuve con S.S. Juan XXIII, me pidió transmitir a todos los fieles de Talca su paternal interés, su afecto y su bendición.

Y, por último, deseo expresar este pensamiento: a veces veo a través de conversaciones y juicios, un pesimismo que va penetrando en los espíritus. Se mira sombríamente el porvenir del mundo y de Chile. Yo, en cambio, no participo de esa impresión. A través de la preparación del Concilio y de los numerosos contactos que éste trae, yo palpo un ansia de renovación del mundo, que es señal clara de una presencia del Espíritu. Yo sé que debemos pasar por cambios sociales que pueden en un instante dado ser difíciles y dolorosos. Pero el espíritu que anima el Con-

cilio nos está diciendo que la Iglesia no se liga a formas determinadas de civilización. Que ella sabe discernir lo duradero de lo efímero, lo accidental de lo esencial. Y que lo importante es que los cristianos permanezcamos fieles al espíritu del Evangelio y al ideal de las bienaventuranzas del Sermón del Monte.

En cumplimiento de una comisión del CELAM (Consejo Episcopal Latino-Americano) del cual soy Vice-Presidente, tuve que visitar rápidamente, después de Roma, Alemania, Bélgica y Francia, y ponerme en contacto con los principales centros de actividad católica de esas regiones. En todas ellas, como igualmente los Obispos de esos países que visité, encontré una misma posición frente al momento del mundo, la que podemos expresar así:

— Más que atemorizarnos cobardemente, miremos con valentía los problemas, seamos fieles al mensaje que debemos transmitir al mundo, no temamos los inevitables cambios sociales que la misma fidelidad al mensaje cristiano nos obliga, y enfrentemos con decisión esta nueva era. De nosotros depende que esté inspirada por el signo de la justicia y del amor.

Como hermosamente decía el Alcalde de Florencia, Giorgio La Pira, al poner en relación la Encíclica "*Mater et Magistra*" y el próximo Concilio:

"Estamos en la edad espacial, la edad histórica del nacimiento de nuevos pueblos de Asia y Africa, la edad que Juan XXIII señala de la socialización, en que se trata de hacer que la economía esté al servicio de la solución de los grandes problemas sociales: desocupación, miseria, ignorancia, la edad de la unificación económica, social y política del mundo, la edad que el Concilio abrirá, de la unificación de la Cristiandad".

Es a lo que el Papa Juan XXIII invita, y a lo que el Alcalde de Florencia llama en su magnífico comentario de la Encíclica:

"Cooperar para la edificación de una Ciudad nueva junto a la antigua fuente de la gracia y de la verdad".

Mi amigo, nos dice Mons. Larraín, al despedirnos, yo agradezco al Señor y al Papa poder cooperar modestamente a la preparación de este acontecimiento y poder entrever en lontananza su alto significado histórico y social.

Es consolador, cuando uno comienza a envejecer, pensar que las generaciones futuras verán un mundo diverso, pero más justo; más fraternal y más pacífico que el actual.

Yo quisiera que supiéramos leer a través de la historia el plan armonioso de Dios que se desarrolla. Por eso, no porque no veo los problemas, soy optimista.

Finalmente, quiero darle una noticia en carácter de primicia para "*La Mañana*". En la próxima fiesta de Navidad, el 25 de diciembre, el Papa fijará la fecha del Concilio y hará la convocatoria oficial. Digo que esto es exclusividad, ya que aún no se ha dado la noticia en Chile, y yo la recibí de labios del Cardenal Cento al clausurarse nuestra sesión de estudios en Roma.

EL CONCILIO ECUMENICO VATICANO II (1) (VIII - 1962)

El 11 de octubre se iniciará en Roma el Concilio Ecuménico Vaticano II.

Todo Concilio es un hecho grande en la historia de la Iglesia. Es la reunión plenaria de su Jerarquía con el Sucesor de San Pedro, el Santo Padre.

Es la continuación de aquella primera asamblea en el Cenáculo cuando el Espíritu Santo vino sobre los Apóstoles reunidos para infundirles las gracias que los harían capaces de realizar la misión que Cristo les había confiado.

Son los sucesores de los Apóstoles, los Obispos, congregados en torno al Obispo de Roma, Sucesor de Pedro y Primado de la Iglesia, para ejercer conjuntamente la potestad recibida de "enseñar a todos los pueblos" y de "apacentar la grey del Señor".

Es la Iglesia toda entera, que a través de sus pastores, los Obispos, se concentra en oración y estudio para dar a cada época la respuesta eterna de verdad que necesita.

Es un hecho que a todos debe interesarnos vivamente, y por este motivo os hablo en la presente Carta Pastoral.

I. El Concilio Ecuménico Vaticano II que va pronto a iniciarse, es ciertamente el acto central del Pontificado de Juan XXIII.

A través de documentos y alocuciones numerosas, el Papa ha querido hacernos sentir su trascendencia e importancia.

El Concilio deberá ser un signo que marque a la Iglesia de estos nuevos tiempos. Sin variar en nada lo esencial de su constitución y de su mensaje, ella debe adaptar sus métodos y enseñanzas a los problemas de nuestra época. El Concilio significará la culminación de un esfuerzo, que partiendo de León XIII, nos muestra a la Iglesia abierta frente a los problemas actuales, buscando en sus propias fuentes la savia de su dinamismo y energía, dándonos una visión misionera del mundo de hoy, tomando todas las actividades del hombre para darles su significación cristiana y señalando la respuesta a las inquietudes y anhelos del mundo moderno.

(1) Carta Pastoral dirigida al clero y fieles, Talca.

II. Para tener una visión precisa del Concilio Vaticano II, debemos decir lo que *no es* y lo que *es*. Lo que debemos esperar de él y lo que no debemos esperar.

1) El Concilio no es parlamento donde se enfrentan ideologías diversas. Es la unión en la verdad y en la caridad de los que se saben unidos en una misión común; continuar la obra de los Apóstoles. Todos expresarán sus opiniones, buscando a su juicio las mejores resoluciones y fórmulas que convienen, pero, todos están unidos en la doctrina, en la gracia y en la caridad. “Un Señor, una Fe, un Bautismo”.

2) El Concilio no es un Congreso donde se pronuncian brillantes discursos o se realizan grandiosos actos externos. Es un acto interior de la vida de la Iglesia que se concentra en sí misma para responder mejor a lo que Cristo, su Fundador, pide de ella.

3) El Concilio tampoco es una reunión donde van a producirse cambios esenciales en la vida de la Iglesia. La Iglesia tiene una constitución que Cristo le ha dado y que los hombres no pueden alterar. Es custodia de un mensaje, la palabra de Dios, que debe conservarse inalterable. Es depositaria de una tradición que ha ido lentamente elaborando, a la luz del dogma y de la moral eterna, sus principios y disciplina. Hay en ella, como en todo lo que proviene de la Verdad, algo inmutable y permanente. Puede variar y varía en todo lo que es accidental y transitorio. Pero errarían lastimosamente los que piensen que la Iglesia puede transigir con principios o actitudes que contrarían la divina misión que Cristo le ha confiado: de continuar entre los hombres el misterio redentor.

El Concilio es un acto de la Iglesia, en su expresión más auténtica y genuina; Pedro con los Doce —el Papa con los Obispos—.

Es la expresión del magisterio oficial: la Iglesia docente. De la unidad íntima de la Iglesia, de los Obispos entre sí y con el Vicario de Cristo, y de la unidad de todos los miembros de la Iglesia representados en sus Obispos.

III. El actual Concilio Vaticano II, presenta sin embargo algunas diferencias con los Concilios anteriores.

1) Será esta la primera vez que la Iglesia se encuentra geográficamente toda entera. Los primeros Concilios, Nicea, Constantinopla, Efeso, Calcedonia, reunieron preferentemente al mundo oriental. En los dos últimos, Trento y Vaticano I, estuvo representada la Europa, algo de la América, pero prácticamente ausente el Africa y el lejano Oriente. Hoy, de hecho, estará todo el Episcopado del mundo. Será en su sentido más amplio un Concilio “ecuménico”, es decir, universal.

2) Los Concilios precedentes, se hicieron para mostrar la pureza de la fe o la integridad de la disciplina, frente a una herejía o a un cisma. El actual no persigue este propósito. Es, como lo dijera S.S. Juan XXIII, un acto de renovación interna que mostrará a la Iglesia en toda la belleza de su perenne juventud y atraerá a sí a los que se encuentran alejados de ella.

3) De ahí que este Concilio signifique poner a la Iglesia en un estado de misión. Frente a un mundo que va perdiendo el sentido de Dios. Frente al olvido de Cristo y su doctrina. Frente al desprecio de lo sobrenatural. Frente a ideologías que quieren construir un mundo al margen de los principios del Evangelio, la Iglesia no se encierra en sus propios ambientes, siente la necesidad de comprender las inquietudes y problemas de este tiempo y de darles a la luz de la enseñanza de Cristo su respuesta. La Iglesia por este Concilio llama a sus hijos a realizar la gran tarea de transformar este mundo “de selvático en humano, y de humano en divino”. El gran fruto del Concilio ha de ser el de una Iglesia toda entera en estado de misión. No debemos, pues, esperar del Concilio ni cambios espectaculares y violentos, ni que al clausurarse ya se haya realizado la unión con las Iglesias separadas.

En cambio, con el Papa, debemos esperar, un incremento de la fe acercándonos cada vez más a las fuentes de ella; la Biblia, la Liturgia, el conocimiento vivo del Misterio de la Iglesia.

En segundo lugar, una adaptación de su disciplina a las necesidades de los tiempos. Hay en la Iglesia algo inmutable y esencial y algo accidental y mutable que puede cambiar según los problemas y ambientes que ha de enfrentar. Por último, el Papa espera una suave orientación hacia la unidad con nuestros hermanos separados. Hay muchos lazos comunes con nuestros hermanos pertenecientes a confesiones cristianas diversas. Es menester establecer un diálogo que haga posible el anhelo supremo de Cristo “que todos sean una sola cosa”. El Concilio, ciertamente, marcará un gran paso hacia la unidad tan anhelada.

El Concilio Ecuménico Vaticano II se ha preparado durante tres años en 10 Comisiones y 2 Secretariados. Las proposiciones contenidas en ese material preparatorio se encierran en 110 folletos con un total de más de dos mil páginas. Ahí se encuentran las grandes tareas del Concilio que podemos resumirlas en las siguientes:

a) *Concentración en lo esencial.* Mostrar las líneas básicas del Cristianismo, los postulados fundamentales de la vida cristiana y la jerarquía de valores en las diferentes prácticas cristianas.

b) *Mostrar el rostro evangélico de la Iglesia.* Hacer ver que lo que importa no es tanto el prestigio terreno como su presencia auténticamente evangélica en los grandes problemas donde se juega el destino de la vida humana.

c) *Una amplitud de catolicidad.* El Concilio nos hará sentir en forma aún más viva el terrible problema del mundo no cristianizado en que vivimos y que exige imperiosamente un espíritu misionero que movilice a toda la Iglesia en la expansión del mensaje redentor. El Concilio nos dará una Iglesia en estado de misión.

d) *Una adaptación, sin variar en nada su estructura esencial, a las condiciones del mundo.* Adaptación que pone a la Iglesia en estado de diálogo con los hermanos separados y con los hombres que sin pertenecer a ella buscan sinceramente la Verdad.

e) El Concilio será una afirmación clara de que la Iglesia no se

liga a ninguna cultura o clase social determinada. Que ella tiene su posición propia en defensa de la persona y de la sociedad, y que es en esa su doctrina social íntegramente profesada y sinceramente vivida donde los hombres y pueblos encontrarán la verdadera paz en la justicia.

f) De este modo el Concilio mostrará a la Iglesia como signo y mensaje de esperanza para toda la humanidad.

IV. *¿Qué podemos hacer por el Concilio?*

Primero, saber que todos los católicos están ahí presentes por medio de sus Obispos. El Papa Juan XXIII ha dicho que el carácter propio del próximo Concilio viene “de la presencia y de la participación de los Obispos y de los prelados que son la representación de la Iglesia Católica extendida por todo el universo”. Los Obispos reciben su pleno poder de Cristo, no de los fieles, pero como Obispos, rodeados del Colegio de sus sacerdotes, ellos son como “servidores de Dios” y “servidores de la comunidad de fe”, el reflejo de la fe de su Iglesia. A través de este su Obispo, la comunidad de los fieles de esta Diócesis hará oír su voz en el Concilio.

Segundo, hay que orar y orar con insistencia y fervor, a fin de que Dios ilumine a su Iglesia, a sus Pastores y fieles, para que las decisiones de este Concilio den la respuesta que Cristo exige de todos nosotros en esta hora crucial del mundo.

Tercero, a la oración hay que añadir la penitencia. Su Santidad Juan XXIII, nos ha exhortado a ella en su Encíclica *Penitentiam agere* en la cual nos pide ofrezcamos al Señor los dolores, trabajos y fatigas de cada día por el feliz éxito del Concilio.

Amados hijos:

La Iglesia se encuentra en estado de Concilio. Hay que sentir con ella. Participar de los modos señalados en este acontecimiento histórico del cual tantos bienes para el mundo y para las almas han de derivarse.

Vivamos en el espíritu que la Iglesia nos señala y estemos ciertos que de esta manera cumpliremos lo que Cristo espera de nosotros.

A fin de llevar a la práctica estas enseñanzas, venimos en disponer, lo siguiente:

1. En todas las parroquias, iglesias rectorales y conventuales de la Diócesis, se llevará a efecto una solemne novena al Espíritu Santo, del 1º al 9 de septiembre. Pedimos a los fieles acercarse a la Sagrada Comunión al término de la novena el 9 de septiembre.

2. Rogamos a los sacerdotes, a tenor de la Constitución de S.S. Juan XXIII, aplicar cada día el rezo del Oficio divino por el Concilio Ecuménico.

3. Las Religiosas ofrecerán cada día la tercera parte del Rosario por esta misma intención.

4. El día 10 de octubre, víspera de la iniciación del Concilio, prescribimos sea “día de ayuno y abstinencia”, aunque no obliga bajo falta grave.

5. El 11 de octubre, día en que comienza el Concilio Vaticano II, las campanas de todos los templos de la Diócesis repicarán a las 12 del día.

6. Pedimos a los Sacerdotes, Religiosos y Religiosas, promuevan entre los fieles una intensa campaña de oración y penitencia por el buen éxito del Concilio.

VIVIR EL ESPIRITU Y LAS ORIENTACIONES CONCILIARES (1)

Mis amigos:

Al finalizar los Ejercicios Espirituales, he tratado, casi todos los años, de hablar a mi Clero.

Lo he hecho siempre con el sentido de cumplir una grave responsabilidad.

Hoy pongo un especial acento en mis palabras.

De una parte, se que los años pasan, "et tempus resolutionis meae, instat" (2). De otra parte, tengo la conciencia que la hora de la Iglesia y del mundo exige a los pastores hablar con especial claridad.

Trataré de hacerlo tomando como tema "la puesta en práctica del espíritu y de las orientaciones conciliares".

I. *El Vaticano II*

Ante todo, demos una mirada al Concilio y lo que debe significar para el sacerdote. Es un momento de meditación, de incertidumbre y de decisión.

1. *El Concilio es un momento de meditación*

La Iglesia se define a sí misma. La Iglesia se abre al diálogo con las otras Iglesias, cristianas y no cristianas. La Iglesia estudia la manera de hacer realidad su presencia eficaz en el mundo actual.

(1) Alocución al clero, 1965.

(2) "El tiempo de mi partida es inminente". 2 Tim. 4, 6.

Todo esto exige estudio y meditación.

Si del Concilio va a tenerse únicamente la visión trunca y no siempre exacta dada por la mayoría de la prensa, o el aspecto anecdótico que puede ser pintoresco, pero que no refleja su verdadero rostro, vamos a pasar inconscientes sobre una de las más grandes manifestaciones del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia.

El Salmista dice que el justo defeccionó “porque fueron disminuidas las verdades entre los hijos de los hombres” (3).

La Iglesia no conocerá la renovación que el Concilio promueve, si éste mismo no constituye un tema central de meditación y estudio para el Episcopado y el Clero.

2. *El Concilio es un momento de incertidumbre*

Quiero subrayar esta palabra.

El Concilio nos hace mirarnos en el espejo del Evangelio y contemplarnos ahí a nosotros mismos.

Esto, naturalmente, produce cambios. No en la estructura fundamental de la Iglesia, pero sí, y profundos, en su actitud pastoral.

De ahí la incertidumbre de muchos.

De los que, sin darse cuenta, confundiendo lo accidental con lo esencial, se sienten desorientados. “Nos están cambiando la religión” se oye decir con frecuencia.

De otra parte, no faltan quienes piensen que este “ponerse al día” debe llevar a la revisión total de la disciplina eclesiástica, y creen que las leyes canónicas están ya fuera de tiempo y de uso, colocándose ante un dilema, uno de cuyos términos habría necesariamente que excluir.

No existe tal dilema.

Como bien dice el P. Congar, O. P.:

“La Iglesia no es estructura o vida, institución o comunidad, jerarquía o fraternidad, sino estructura y vida, institución y comunidad, jerarquía y fraternidad; el dilema que se pretende establecer se convierte y sublima en una síntesis. No es exacto que cada uno de estos aspectos represente una mitad de la verdad, que tendría necesidad de ser equilibrada por otra media verdad. Esta dialéctica de la insuficiencia expresaría una insuficiencia de pensamiento... “que es imprescindible evitar”.

De ambas posiciones brota una incertidumbre que podría convertirse en un doble peligro. De una parte, una desinteligencia de los signos de Dios, que puede transformarse en una esclerosis o integrista. De otra parte, un olvido de las leyes vitales del desarrollo que toda institución

(3) *Sl.* 11, 2.

exige, lo que podría conducir o a la anarquía o a peligrosas desviaciones.

La incertidumbre debe en ambos casos ser superada por un sentido hondo de la Iglesia, por una visión dinámica de la historia, por una atención fiel a la acción del Espíritu Santo, y por una lealtad constante a la autoridad establecida en la misma Iglesia.

Integrismo y progresismo, son dos desviaciones igualmente peligrosas y que en el fondo proceden del olvido de un principio fundamental del Cristianismo: "Credo Ecclesiam".

3. *El Concilio es, en tercer lugar, un momento de decisión*

El Vaticano II, se ha dicho muchas veces, es principalmente un Concilio pastoral. Esto significa que el Concilio coloca a la Iglesia frente a la manera cómo debe presentar su mensaje.

Todo el Concilio está animado de un gran celo misionero.

La Iglesia sabe que el mundo espera de Ella una respuesta y que el Concilio la empuja a buscar una presencia eficaz en el mundo de hoy.

Esta presencia debe realizarse en un *doble nivel*: el de las relaciones en el *terreno religioso*, y el de las incidencias en el *terreno temporal*.

Por ahora, sólo quiero insistir en esta idea: el Concilio exige a todos *decisión*.

Si los Obispos, por evitarnos situaciones difíciles, no tomamos decisiones en orden a hacer realidad lo que el Concilio exige, habremos descuidado un grave deber pastoral del cual debemos dar cuenta al Señor.

Si los sacerdotes, por temor o rutina, piensan que todo debe permanecer igual y no hay una revisión pastoral y personal que hacer a la luz del Concilio, habrán sido infieles a la misión que la Iglesia les ha confiado.

Si, de otra parte, se pretende que el Concilio debe poner en revisión los puntos fundamentales de la vida espiritual, de la disciplina eclesiástica o de las líneas esenciales de la pastoral, se estaría, sin quererlo quizás, traicionando el espíritu del mismo Concilio.

El Concilio es un momento de decisión, para pastores, clero y fieles. El pecado más grave del pueblo escogido y por el cual lloró Jesús "fue el de no haber conocido el tiempo de su visita" (4).

El Concilio es una hora de Dios. Es un tiempo de su visita. Y es un momento de decisión que nos repite a todos las palabras del Salmista: "Hoy si escuchareis la voz del Señor, no endurezcáis vuestros corazones" (5).

(4) *Lc. 16, 44.*

(5) *Sl. 44, 8.*

II. Triple finalidad del Concilio

Es menester que esta triple finalidad esté muy clara ante nuestra mirada. Por esto, aunque sea en forma muy suscita, la recordamos.

1. La primera finalidad es la *renovación interior de la Iglesia*. No nos choque la palabra renovación. Porque la Iglesia es un cuerpo viviente que debe crecer “hasta la estatura del varón perfecto”, porque es el pueblo de Dios que avanza en la historia, porque en su etapa peregrina no ha llegado aún a la consumación final. “*Ecclesia semper in reformatione*”. Así como han existido falsas reformas, así siempre ha permanecido una verdadera: la que la misma Iglesia, por sus órganos autorizados, se impone.

Esa reforma se expresa especialmente en la Constitución “de *Ec-
clesia*”.

Un sacerdote que no ha hecho de esa Constitución un tema de estudio y de meditación no podrá comprender lo que el Concilio le exige.

Ella ha de significar para cada uno de nosotros una seria y honda revisión de vida sacerdotal y pastoral.

Recordemos sus puntos principales.

En primer lugar, se nos presenta el misterio de la Iglesia, pueblo de Dios. La Iglesia es el misterio de Cristo Redentor continuado y aplicado al mundo. El pueblo de Dios es la expresión histórica de la Iglesia como nueva y definitiva Alianza. En ella culmina la historia de la salvación.

En seguida, se nos muestra la Constitución Jerárquica de la Iglesia, que instaura en su seno un ministerio de origen divino en el Primado Pontificio y en el Colegio Episcopal. En esta luz, como señalaremos más adelante, se contemplan las perspectivas sublimes del ministerio sacerdotal. Al mismo tiempo, se destaca la participación que el laicado tiene en su condición secular en la misión propia de la Iglesia.

Como conclusión de esta visión de la Iglesia aparece el llamado universal a la santidad dirigido tanto al conjunto del cuerpo como a cada uno de sus miembros. La caridad única de Dios se comunica a todos como don y como precepto imperativo.

El ministerio de la Iglesia, cualquiera que sea, debe llevar en último término a la unión del hombre con Dios. “Yo he venido a que tengan vida, y a que la tengan en abundancia” (6).

2. La segunda finalidad del Concilio es *el acercamiento entre todos los cristianos*.

El movimiento ecuménico debe desde hoy entrar en el centro de la actividad pastoral y en el sentir interno de cada cristiano.

Sin embargo, es menester confesarlo, la actividad ecuménica aún no es familiar a la mayoría de los católicos.

Es necesario, eso sí, tener muy claro y precisos los principios y el espíritu que informan un verdadero ecumenismo.

(6) *Jn.* 10, 10.

De las deficiencias, que por mi culpa haya existido en este terreno, pido humildemente perdón.

A mi vez, pido al clero, hagan también un esfuerzo para hacer posible estos propósitos.

Sé que a veces no es fácil conciliar la autoridad con la fraternidad.

Sé que no siempre es posible satisfacer todo lo que se solicita.

Sé también, por experiencia, que autoridad y soledad se encuentran con frecuencia unidas.

Pero, es necesario que de ambas partes, crezca una voluntad de diálogo que haga posible el llamado insistente de Juan XXIII al convocar al Concilio y las iluminadas palabras de Paulo VI en su Encíclica *Ecclesiam Suam*.

El diálogo entre el Obispo y su Clero, es la expresión viviente y céntrica de la Iglesia considerada como una comunión.

La estructura de la Iglesia es a la vez comunitaria y jerárquica.

La Iglesia es un pueblo reunido alrededor de Cristo. Toda su actividad se orienta hacia un fin: la comunidad viviente de los hijos de Dios.

La función jerárquica es necesaria para realizar esta reunión. Por ella Cristo ejerce su influencia sobre sus miembros, les dirige la palabra, los santifica y los guía en su existencia cristiana.

1. *Unidad en el ministerio*

De ahí la necesidad de esta unión entre el Clero y el Obispo.

Los sacerdotes, dondequiera que actúen sacerdotalmente, son una presencia del Obispo. Por eso su ministerio separado del Obispo no tiene significación eclesial.

De otra parte, la plenitud sacerdotal que reside en el Obispo se expresa y se realiza en la unión con su Clero. El presbyterium, que ya san Ignacio de Antioquía (9) comparaba a la unión de las cuerdas al arco de la lira, adquiere en esta hora de renovación eclesiológica toda su amplia significación.

El Obispo no está solo en la Diócesis. Sus sacerdotes, que la liturgia de la ordenación llama "cooperadores ordinis nostri" (10), le están unidos como el Verbo al Padre.

Por el hecho de su sacerdocio están unidos al Obispo y entre ellos. Sin el presbyterium el Obispo no puede actuar eficazmente.

De ahí surge la necesidad del diálogo.

(9) Ignacio de Antioquía. Obispo de Antioquía. Mártir de principios del siglo II.

Es uno de los Padres Apologéticos. Ejemplo de humildad y sacrificio por la fe.

(10) Tr.: "Cooperadores de nuestro orden".

De las deficiencias, que por mi culpa haya existido en este terreno, pido humildemente perdón.

A mi vez, pido al clero, hagan también un esfuerzo para hacer posible estos propósitos.

Sé que a veces no es fácil conciliar la autoridad con la fraternidad.

Sé que no siempre es posible satisfacer todo lo que se solicita.

Sé también, por experiencia, que autoridad y soledad se encuentran con frecuencia unidas.

Pero, es necesario que de ambas partes, crezca una voluntad de diálogo que haga posible el llamado insistente de Juan XXIII al convocar al Concilio y las iluminadas palabras de Paulo VI en su Encíclica *Ecclesiam Suam*.

El diálogo entre el Obispo y su Clero, es la expresión viviente y céntrica de la Iglesia considerada como una comunión.

La estructura de la Iglesia es a la vez comunitaria y jerárquica.

La Iglesia es un pueblo reunido alrededor de Cristo. Toda su actividad se orienta hacia un fin: la comunidad viviente de los hijos de Dios.

La función jerárquica es necesaria para realizar esta reunión. Por ella Cristo ejerce su influencia sobre sus miembros, les dirige la palabra, los santifica y los guía en su existencia cristiana.

1. *Unidad en el ministerio*

De ahí la necesidad de esta unión entre el Clero y el Obispo.

Los sacerdotes, dondequiera que actúen sacerdotalmente, son una presencia del Obispo. Por eso su ministerio separado del Obispo no tiene significación eclesial.

De otra parte, la plenitud sacerdotal que reside en el Obispo se expresa y se realiza en la unión con su Clero. El presbyterium, que ya san Ignacio de Antioquía (9) comparaba a la unión de las cuerdas al arco de la lira, adquiere en esta hora de renovación eclesiológica toda su amplia significación.

El Obispo no está solo en la Diócesis. Sus sacerdotes, que la liturgia de la ordenación llama "cooperadores ordinis nostri" (10), le están unidos como el Verbo al Padre.

Por el hecho de su sacerdocio están unidos al Obispo y entre ellos. Sin el presbyterium el Obispo no puede actuar eficazmente.

De ahí surge la necesidad del diálogo.

(9) Ignacio de Antioquía. Obispo de Antioquía. Mártir de principios del siglo II. Es uno de los Padres Apologéticos. Ejemplo de humildad y sacrificio por la fe.

(10) Tr.: "Cooperadores de nuestro orden".

La Iglesia en este Concilio, nos lo recordó el Papa Juan, se mira en el Evangelio para volver íntegramente a su espíritu.

No hay renovación verdadera en la Iglesia sino a base de renovación espiritual.

Esta exigencia general se presenta con mayor apremio al clero. El problema no es si llevamos sotana o clergyman, si decimos la misa de frente o de espaldas al pueblo, si la recitamos en castellano o en latín. Esos son medios, no fines. Si la Iglesia toma decisiones a este respecto, es siempre buscando un fin superior.

1. *Ser sal del mundo* (*)

El problema fundamental, el que el mundo aun no católico nos exige, es si somos o no capaces de darle a este mundo, que crece en proporciones gigantes, el alma que ese mismo mundo necesita.

Mis amigos; existe un grave peligro: el naturalismo. Los peligros más graves para la Iglesia —permítanle a un viejo profesor de historia eclesiástica recordarlo— no son los que vienen de fuera, sino los de dentro. El problema no es el saber qué irán a hacer nuestros enemigos, sino ¿qué somos nosotros capaces de hacer? La Iglesia puede resistir a todos los embates, menos a uno, el que le viene de olvidar la palabra de Cristo:

“Vosotros sois la sal de la tierra . . . la luz del mundo . . . el faro sobre el monte”. Ya Cristo mismo añadió la consecuencia: “si la sal se hace insípida ¿con qué se preservará al mundo de la corrupción?” (11).

No podemos olvidar que nuestra presencia al mundo tiene ante todo un valor de testimonio y de signo.

El sacerdote es para la comunidad el signo de la presencia de Dios en el mundo. El es el testimonio constante de lo sobrenatural.

La historia de la salvación nos dice que las intervenciones de Dios en la vida de la humanidad se han realizado siempre por medio de hombres que Dios elige, llama y envía. En la economía actual, el sacerdote tiene esa función.

Por otra parte, el mundo mismo quiere ver en nosotros “a los ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios” (12).

No quiero que en el día del “redde rationem” (13), tenga que repetir la frase bíblica: “vae est mihi quia tacui” (14).

Por eso hablo a mi clero, como vigía sobre el muro, para señalar el peligro de una desnaturalización del sacerdocio, que, no aquí, a Dios gracias, sino sobre todo fuera de Chile, se está insinuando.

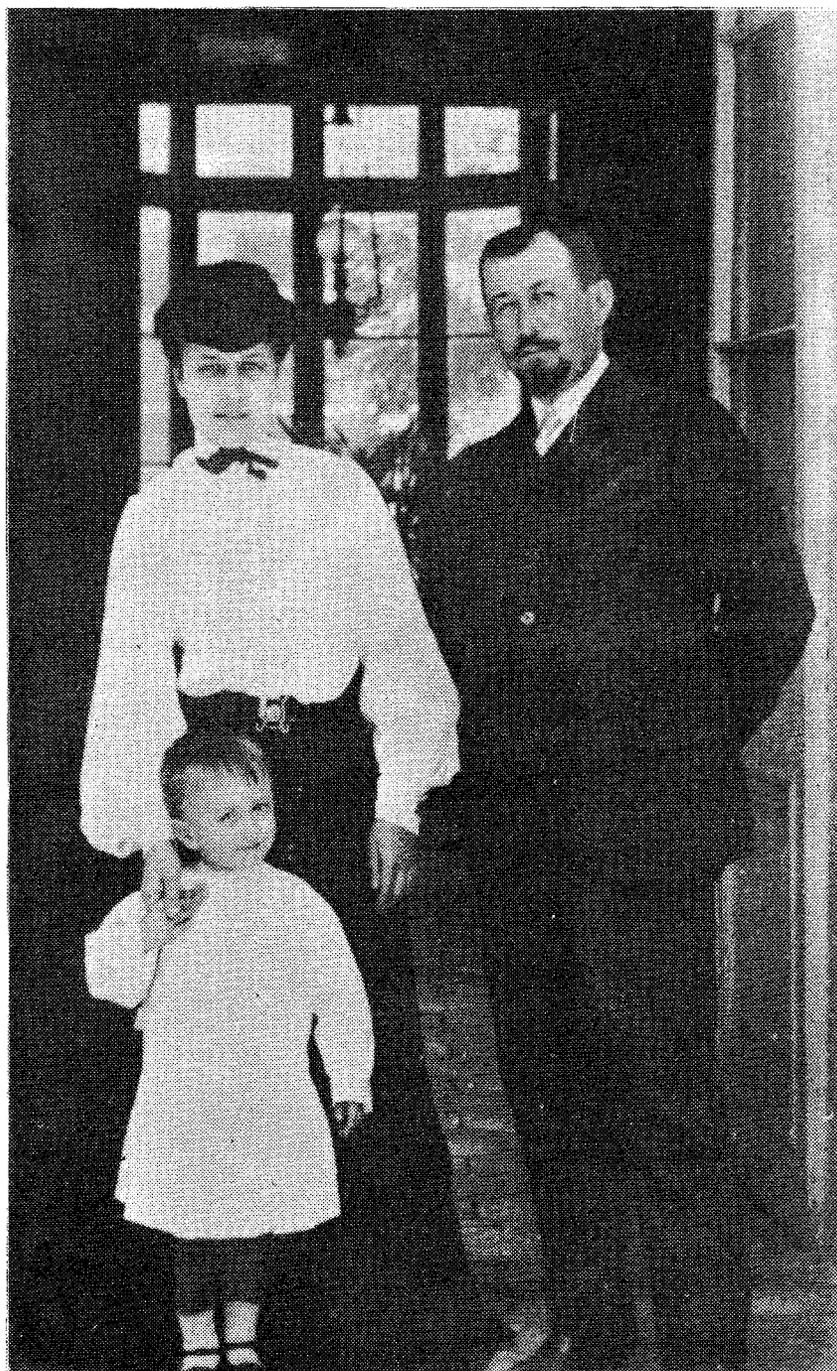
(*) Algunos subtítulos han sido agregados para facilitar su lectura.

(11) *Mt.* 4, 13.

(12) *1 Co.* 4, 1.

(13) Tr.: “dar cuenta”, es decir, del juicio.

(14) Tr.: “¡ay de mí, porque callé!”



Junto a sus padres, don Manuel Larrain Bulnes y doña Regina Errázuriz Mena

La Iglesia en este Concilio, nos lo recordó el Papa Juan, se mira en el Evangelio para volver íntegramente a su espíritu.

No hay renovación verdadera en la Iglesia sino a base de renovación espiritual.

Esta exigencia general se presenta con mayor apremio al clero. El problema no es si llevamos sotana o clergyman, si decimos la misa de frente o de espaldas al pueblo, si la recitamos en castellano o en latín. Esos son medios, no fines. Si la Iglesia toma decisiones a este respecto, es siempre buscando un fin superior.

1. *Ser sal del mundo* (*)

El problema fundamental, el que el mundo aun no católico nos exige, es si somos o no capaces de darle a este mundo, que crece en proporciones gigantes, el alma que ese mismo mundo necesita.

Mis amigos; existe un grave peligro: el naturalismo. Los peligros más graves para la Iglesia —permítanle a un viejo profesor de historia eclesiástica recordarlo— no son los que vienen de fuera, sino los de dentro. El problema no es el saber qué irán a hacer nuestros enemigos, sino ¿qué somos nosotros capaces de hacer? La Iglesia puede resistir a todos los embates, menos a uno, el que le viene de olvidar la palabra de Cristo:

“Vosotros sois la sal de la tierra... la luz del mundo... el faro sobre el monte”. Ya Cristo mismo añadió la consecuencia: “si la sal se hace insípida ¿con qué se preservará al mundo de la corrupción?” (11).

No podemos olvidar que nuestra presencia al mundo tiene ante todo un valor de testimonio y de signo.

El sacerdote es para la comunidad el signo de la presencia de Dios en el mundo. El es el testimonio constante de lo sobrenatural.

La historia de la salvación nos dice que las intervenciones de Dios en la vida de la humanidad se han realizado siempre por medio de hombres que Dios elige, llama y envía. En la economía actual, el sacerdote tiene esa función.

Por otra parte, el mundo mismo quiere ver en nosotros “a los ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios” (12).

No quiero que en el día del “redde rationem” (13), tenga que repetir la frase bíblica: “vae est mihi quia tacui” (14).

Por eso hablo a mi clero, como vigía sobre el muro, para señalar el peligro de una desnaturalización del sacerdocio, que, no aquí, a Dios gracias, sino sobre todo fuera de Chile, se está insinuando.

(*) Algunos subtítulos han sido agregados para facilitar su lectura.

(11) Mt. 4, 13.

(12) 1 Co. 4, 1.

(13) Tr.: “dar cuenta”, es decir, del juicio.

(14) Tr.: “¡ay de mí, porque callé!”

¿Que hay que revisar muchos puntos pastorales? ¿quién puede negarlo? Creo en estos años haber hablado muchas veces sobre la necesidad de esta renovación pastoral. ¿Qué hay que adaptarnos a los tiempos? Precisamente ésta es la finalidad principal del Concilio. ¿Qué hay que abrirse al mundo para dialogar con él? Los Papas Juan XXIII y Pablo VI nos dan el ejemplo.

2. *La sal que se vuelve soza no sirve*

Pero, cuidado, que ésto no signifique ni ocultar nuestro sacerdocio, ni humanizarlo tanto que pierda su carácter esencial, sagrado (Sacerdocio viene de "sacer"). Ni disminuir el valor del mensaje, ni caer en un olvido de las prioridades apostólicas, ni querer sustituir la eficacia divina que viene de Cristo, con simples eficacias humanas. Hoy, como ayer, "la victoria que vence al mundo es nuestra fe" (15).

Para ser de nuestro tiempo, para realizar una acción en profundidad, para estar presentes al mundo nuevo que se forma, no se nos pide que renunciemos a los valores permanentes que constituyen la riqueza del sacerdocio, sino que sepamos adaptar esos mismos valores en toda su integridad a las nuevas exigencias de los tiempos.

El sacerdote ha de ser un hombre de su tiempo, comprendiéndolo y amándolo, y ha de ser un hombre de todos los tiempos, manteniendo lo que constituye su razón de ser sacerdotal.

¡Cuidémonos de palabras o de juicios superficiales, ni teológica, ni psicológica, ni sociológicamente mundanos, con lo cual sólo se quiere justificar situaciones particulares!

Juan XXIII es el Papa del "aggiornamento", del diálogo universal, de la presencia de la Iglesia. Pero es el sacerdote que nos deja su "Diario espiritual", simple y diáfano como su alma, donde se trasluce nítidamente el ministro de Dios.

Fue el hombre que supo, como nadie, comprender a todos los hombres, precisamente porque como pocos supo vivir su vida sacerdotal.

Demos una rápida mirada doctrinal al fundamento de nuestro ministerio.

Por su ministerio pascual, Cristo reconcilia y congrega a los hombres dispersos, los une en él para llevarlos al Padre y los constituye en Iglesia", nuevo pueblo de Dios, "hombre nuevo".

3. *Un ministerio misionero*

De ese pueblo, escoge a doce. Los hace sus Apóstoles. Los consagra a la misión. Los arma por el Espíritu Santo en una creación nueva.

(15) 1 Jn. 5, 4.

El Colegio Apostólico y su continuación, el Colegio Episcopal, dirigido por su sucesor el Romano Pontífice, tienen como mandato fundamental la misión de evangelizar al mundo.

Las diversas funciones episcopales tienen una unidad fundamental, de donde deriva la unidad de la pastoral sacerdotal: la misión.

El Concilio acaba de recordarnos que el Episcopado es responsable solidariamente de la evangelización del mundo. Es la consecuencia primera de la colegialidad.

Esto significa el carácter netamente misionero del Colegio Episcopal.

A su vez, el Obispo con su clero es el responsable de la misión en la Diócesis. Su tarea fundamental es la evangelización.

Los tres momentos de esa misión única pueden marcarse con tres palabras: evangelio, eucaristía, Iglesia, es decir: la fe, el sacramento, el pueblo, o mejor: el mensaje, el misterio, la comunidad. Se encuentra ahí en términos concretos y realistas lo que se esfuerzan en decir las palabras jurídicas: “munus docendi, sanctificandi, regendi” (16).

4. *Instaurar todas las cosas en Cristo.*

Si los hombres de todas las ideologías se interesan en el Concilio, no es porque esperen de él fórmulas científicas, económicas o políticas, sino precisamente “el suplemento de alma” que le falta al mundo en lo temporal.

Hay un tesoro que ninguna institución humana puede dar y que solamente puede darlo la Iglesia; el mensaje y la vida de Dios. Esto es lo que el mundo espera principalmente de Ella. Esta es la tarea fundamental que corresponde al sacerdocio.

En el momento en que un gran desarrollo temporal se precisa y se realiza, es más necesario que nunca, justamente para que ese desarrollo tenga sentido auténticamente humano, que el anuncio de la Buena Nueva tenga prioridad en el ministerio de aquellos que fueron llamados precisamente a esto: “ad dandam scientiam salutis plebi ejus” (17).

En consecuencia, la Iglesia ha sido hecha para el mundo “ya que Dios lo amó tanto que le dio a su Unigénito” (18). El mundo, a su vez, debe recapitularse en la Iglesia. Es el sentido profundo del “instaurare omnia in Christo” de san Pablo (19).

La Iglesia peregrina, camina en la historia, avanza en el tiempo, está íntimamente mezclada al desarrollo de la humanidad. Pero esa Igle-

(16) Tr.: “ministerio de enseñar, santificar y regir”.

(17) “Para dar la ciencia de la salvación a su pueblo”. *Lc.* 1, 77. Con estas palabras se expresa proféticamente el significado de la venida de Cristo.

(18) *Jn.* 3, 16.

(19) Tr.: “Instaurar todas las cosas en Cristo”.

sia, encarnada en lo humano, presente en lo temporal, que no rechaza ningún valor auténticamente humano, tiene una ley fundamental que se expresa en el viejo aforismo: "salus populi suprema lex".

Ahora bien, esto exige para nuestro ministerio el acentuar sin negar otras actividades, la prioridad en el ministerio de salvación.

5. *Una invitación a la revisión de las actividades sacerdotales*

Hagamos juntos, queridos hermanos, nuestra revisión de actividades sacerdotales. Quiero ser el primero en someterme a este examen. El primero en reconocer mis deficiencias en este terreno. El primero en querer poner todo lo que el Concilio me exige. Yo no vengo aquí a juzgar a mi clero. Vengo a hacer mi revisión de vida junto con él.

Y ese examen me pregunta: ¿estamos formando la comunidad cristiana?, ¿le estamos imponiendo a esa comunidad un estilo auténticamente evangélico? El amor del Reino de Dios ¿preside nuestro apostolado?, ¿sabemos expresar en nuestra vida las razones verdaderas, profundas, no accesorias, de nuestro ministerio sacerdotal? ¿Sentimos la angustia de que a menudo el anuncio hecho a los hombres por nuestras comunidades cristianas no sea el anuncio del Reino?

Al afirmar este primado de la evangelización, entiéndase bien, no quiero ni negar, ni disminuir la acción temporal. Quiero colocarla en el lugar que nos corresponde en nuestro ministerio.

Creo tener derecho, después de 30 años en que he mantenido claro el pensamiento social de la Iglesia ante muchas incomprensiones, tanto más dolorosas cuanto más íntimas, a que se me crea, que no he cambiado ni disminuido la línea que por amor a la Iglesia y a los humildes he seguido.

Pero estoy hablando al clero y necesito decirle, que hay una labor irremplazable que corresponde al laicado, y que nosotros no podemos ni debemos sustituir. Que si existe un peligro que es necesario evitar, de un laicado divorciado del sacerdocio, existe también otro, el de un clero que asume tareas laicales que no son de su competencia. Que existe un laico adulto que no quiere ser tratado como menor de edad en funciones que le son propias.

Entonces ¿cuál es en este terreno la acción del sacerdote?

Existen en el mundo valores naturales cuya raíz es evangélica y que es necesario que alcancen en una visión más trascendente su desarrollo total.

La Iglesia asume la lucha por la justicia, la fraternidad, la paz, en su sentido humano, pero para darles, a la luz de Cristo, toda su perspectiva redentora.

Y aquí se coloca la acción del sacerdote frente a lo temporal.

Tenemos, ante todo, que evitar tentaciones muy sutiles, muy humanas, que no por eso dejan de ser tentaciones.

Tenemos que meditar constantemente en la respuesta que Cristo dio al Tentador al final de su ayuno en el desierto.

Tenemos, igualmente, que cuidar que el temor de no invadir el campo de lo temporal nos haga caer en un pecado de angelismo, de evasión al mundo y de desolidarización con sus problemas.

¿Cómo resolver este conflicto?

No desearía extenderme, pero tampoco desearía omitir el enunciar un tema que juzgo para nosotros de extraordinaria importancia: es a la luz de la doctrina donde encontraremos la solución. Recordemos:

Las estructuras de la Iglesia son comunitarias y jerárquicas. Los *Hechos* nos dicen que “en la primitiva Iglesia se mantenían fieles a la comunión fraterna” (20).

Esto significa que la fuerza primera de cohesión no viene de lo exterior, sino de lo interior. Que la vitalidad de la Iglesia no depende tanto de fines esenciales de la comunidad, es decir, la redención de la humanidad.

6. *La tarea sacerdotal*

De ahí nuestra tarea.

Hacer posible que las comunidades humanas estén animadas de una vitalidad interior.

El sacerdote no se retira del mundo. No es extraño a él. Todo lo que es humano lo siente suyo. Pero deja a los hombres, que Dios en su providencia puso en las comunidades humanas, la tarea de inspirar en ellas el soplo evangélico.

Su labor sacerdotal es doble; enseñar la verdad, establecer la doctrina, mostrar las perspectivas eternas del reino de Dios que avanza en la historia y formar a esos hombres para que sean en medio del mundo, al cual pertenecen por entero, los que saben leer en los signos de los tiempos y de los acontecimientos el plan de Dios para hacerlo realidad.

En la Iglesia, nos lo recuerda san Pablo, hay diversos ministerios.

No todos están reservados al clero. Todos, sin embargo, tienen como finalidad el servicio de la comunidad. Debidamente distinguidos y coordinados han de producir el crecimiento del Cuerpo místico de Cristo.

Hay que dar al laico su lugar en la Iglesia y su misión insustituible de constructor de la ciudad terrestre, según el orden querido por Dios.

Nosotros, en cambio, sin desentendernos de esa responsabilidad temporal, pero sabiendo la forma en que nos corresponde actuar en ella, seguiremos repitiendo la palabra que los apóstoles nos entregaron al instituir el diaconado. “Nos autem, orationi et ministerio verbi instantes erimus”. “Por lo que a nosotros concierne, nos mantendremos constantes a la oración y a la predicación de la palabra” (21).

(20) Cfr. *Hch.* 2, 44-55.

(21) *Hch.* 4, 4.

He señalado posibles desorientaciones que traen consigo incertidumbres y malestar.

Hay que buscar un equilibrio entre acción evangelizadora y temporal, entre la presencia de Dios y la presencia al mundo, entre la construcción de la ciudad terrestre y el crecimiento de la Iglesia.

7. *Las exigencias de la conciencia mundial*

Esto nos exige, a Obispo y Clero, tres cosas:

1) un diagnóstico de tipo misionero sobre el mundo, y sus necesidades en el campo de la fe.

Existen urgencias misioneras cuando hay:

a) ausencia de fe, pensemos en el ateísmo actual, o en sectores sociales no iluminados por la fe, o en debilitamientos de la fe;

2) El sacerdote tiene que volver a pensar los fundamentos teológicos de su ministerio en una perspectiva misionera.

3) Centrar su vida y su acción a la luz de esta visión misionera. Es decir, establecer la unidad profunda de su ser: oración y acción, estilo de vida y cultura —plan de acción donde el ministerio de la palabra tiene prioridad— coordinación de tareas en el presbyterium, diálogo entre sacerdotes y Obispo en la línea de su misión solidaria.

Sólo así podría responder a la pregunta que el Concilio nos presenta sobre la misión del sacerdote en el mundo de hoy.

V. *Proposiciones que hace el Obispo al Clero para ser estudiadas hasta el 30 de noviembre de 1965*, y determinar después de ese estudio la forma cómo se responderá al Concilio.

No quiero leer una enumeración que se haría fastidiosa. Prefiero, la próxima semana, como antes dije, enviarla al clero, junto con la presente alocución que establece los criterios fundamentales.

Me concreto a leer el resumen de las proposiciones:

1. Vida espiritual.
2. Vida intelectual.
3. Situación económica.
4. Vida comunitaria.
5. Criterios generales para el desempeño de los cargos.
6. Las Parroquias.
7. Los religiosos en la Diócesis.
8. La función del sacerdote en la Iglesia y en la sociedad.
9. Hacia el "Presbyterium" diocesano.

VI. Plan de Trabajo 1965

Dentro de la idea central que ha guiado esta presentación, a saber, "poner en práctica el espíritu y las orientaciones del Concilio", quiero dar a conocer en sus líneas generales el plan de trabajo para 1965.

Es de suma importancia que todos nos sintamos responsables de él.

Este plan no es fruto de una elaboración teórica, ni de un deseo particular del que habla.

Es la expresión de lo que a través de la experiencia de la Misión general, que prácticamente ha cubierto toda la diócesis, se ha recogido.

En su redacción se ha tenido principalmente en cuenta las observaciones de los párrocos, las impresiones recogidas por los misioneros, las encuestas previas realizadas, las peticiones de numerosos laicos, etc.

De otra parte, este plan no trae nada nuevo, sino que concentra en algunos puntos lo que desde hace largo tiempo se viene insistiendo en la Diócesis.

Creo en este plan interpretar las orientaciones más actuales de la pastoral, las urgencias más apremiantes de la diócesis, las directivas fundamentales del Concilio y el juicio de los Documentos.

Creo, a este último respecto conveniente añadir otro dato que es importante. El plan que hoy se entrega es fruto del trabajo de los decanatos, no de disposición arbitraria de la autoridad.

El 10 de noviembre de 1964 se celebró una reunión de Decanos en Curicó con el fin *expreso* de estudiar el plan de 1965. En esa reunión, se propusieron tres ideas centrales, que son las que sirven de base al presente trabajo:

1. espiritualidad sacerdotal, insistiendo en que el sacerdocio es un servicio;
2. catequesis sacramental.
formación de los seglares, sobre todo, en relación a su compromiso temporal.

Los Decanos debían tratar estos puntos en la reunión de sus respectivos Decanatos y recoger las sugerencias que se hicieran. En algunos Decanatos se hizo así.

Después de esa reunión, los Decanos debían enviar a la Secretaría del "Centro de Pastoral" las observaciones que se hubieran hecho en los Decanatos.

El 11 de febrero de 1965, en Iloca, y el 15 de febrero, en Talca, se hicieron dos reuniones de Decanos, para seguir estudiando el Plan de Trabajo y ver la manera de concretarlo. Las ideas que ahora se proponen en este Plan, recogen todas las sugerencias que se han hecho, conservan los tres puntos centrales, y se agregan algunas exigencias que parece importante impulsar este año.

Mis queridos amigos:

Termino esta alocución, que ya se hace extensa en demasía.

En ella he resumido largas reflexiones personales sobre el ministerio del sacerdote de hoy y de mañana.

Tengo plena confianza en que el soplo renovador del Concilio nos dará el sacerdote que la Iglesia y el mundo de hoy necesitan. Lo que yo llamo "el sacerdote del Vaticano II".

Pero esto exige solidez y serenidad para no dejarse arrastrar por corrientes superficiales y temerarias, que estiman que el "ponerse al día" equivale a desviar la línea profunda de nuestro sacerdocio.

Esa línea honda y renovada ha sido magníficamente expresada por el grupo de párrocos franceses y belgas invitados al Concilio. Se resume en 3 ideas:

- 1) Ser misionero en función de la Eucaristía y partiendo de ella.
- 2) Ser miembro viviente del "presbyterium".
- 3) Estar vitalmente unido al pueblo de Dios, es decir, presente al mundo.

El Concilio exige una renovación. Nos pide que la Iglesia, según la palabra de san Irineo, engendre hombres vivos: "Gloria Dei vivens homo" (la Gloria de Dios es el hombre viviente); hombres que tengan toda su estatura de hombres y que sean cristianos con toda su estatura de cristianos.

Ello nos exige a nosotros ser sacerdotes en toda nuestra estatura sacerdotal. Hombre de Dios, hombre de los hombres. Ministro de Cristo, guía del pueblo de Dios, profeta del mensaje eterno, servidor de nuestros hermanos, sacerdote según los sentimientos de Cristo Jesús.

Solamente así; reforzando nuestro sacerdocio, no disminuyéndolo; dándole todas sus dimensiones, temporales y eternas; engarzándolo en la savia siempre viviente de la Iglesia de ayer, en el tronco creciente de la Iglesia del Vaticano II, en las perspectivas inconmensurables de una nueva edad histórica que nace y de una Iglesia que debe estar presente a ella, seremos poseedores de una respuesta en la fe, en la esperanza y en el amor a las grandes inquietudes de nuestro tiempo.

CONCILIO VATICANO II.
REVISION APOSTOLICA DE VIDA
A LA LUZ DE LA PRIMERA ETAPA (1)

Mis queridos colaboradores:

En "*La Mañana*" y "*La Prensa*", he publicado algunas declaraciones sobre el Concilio Vaticano II. Ellas resumen en forma superficial las impresiones predominantes del Concilio. No deseo insistir sobre ellas.

Quisiera solamente reiterarles mi saludo cariñoso, la alegría que experimento al encontrarme de nuevo entre ustedes y asegurarles que en todo momento su recuerdo me ha acompañado en las tareas conciliares.

El objeto de esta carta que les ruego meditar atentamente, es hacer ver lo que el Concilio *debe ya* producir entre nosotros. Sería vano e inútil lo que se está haciendo *si nosotros* (Uds. y yo) no comenzamos *desde ahora* a realizar el *espíritu* del Concilio aun antes que las decisiones finales de él hayan sido tomadas.

Quiero que estas reflexiones no aparezcan como una cosa personal, sino como expresión de lo que el Papa y los Obispos hemos dicho. De ahí que ellas tendrán siempre como base un texto pontificio o conciliar.

I. *Las Palabras del Papa*

1. *El fin del Concilio es "una renovación de la vida del pueblo cristiano"* (2).

Toda renovación cristiana significa dos cosas:

- a) *Revisión de nuestra vida, y*
- b) *Restauración de ella a la luz del Evangelio.*

Me pregunto y os pregunto: nuestra vida en su intimidad espiritual, en su expresión externa, en su estilo de manifestarse, en su actividad apostólica ¿refleja plenamente el espíritu de las bienaventuranzas, que es la síntesis del espíritu del Evangelio?

(1) Carta privada al clero diocesano y religioso de la diócesis.

(2) Juan XXIII: *Ad Petri Cathedram*.

Si la respuesta de esta revisión es negativa o incompleta ¿qué debemos hacer para efectuar esa renovación de que nos habla el Papa Juan XXIII? Porque, entendámoslo bien, no habrá “renovación de la vida del pueblo cristiano” si ella no comienza por nosotros.

2. *Las pautas de Renovación* (*)

La pauta de esta renovación nos la da otro documento de S.S. Juan XXIII.

Se trata del discurso de Pentecostés de 1962, especialmente de la invocación final al Espíritu Santo. ¿Qué pide el Papa para nosotros como fruto del Concilio?

a) “Acelera en cada uno de nosotros el advenimiento de una profunda vida interior”.

Si no somos almas de oración no seremos los instrumentos de la gracia que el mundo necesita.

Revisemos delante de Dios si somos fieles a la oración mental de cada día — si rezamos con devoción el “oficio divino” — si hacemos diariamente lectura espiritual — si la Misa es realmente el centro de nuestra vida y si ello se expresa en una ardiente piedad eucarística.

No hay renovación verdadera si ella no procede de las fuentes auténticas: la vida de fe, de esperanza y de caridad, que son fruto de una vida interior. El pueblo cristiano tendrá esa vida interior en la *medida* en que sepamos dársela, y se la daremos en la *medida* en que nosotros la vivamos.

b) “Dad un impulso vigoroso a vuestro apostolado, que alcance a todos los hombres”.

No podemos seguir con un apostolado languido, superficial, rutinario o sin planificar. Es deber de todos nosotros darle al apostolado el impulso, la profundidad, la coordinación y la adaptación que necesita. Tenemos que estar dispuestos a hacer sacrificios para lograrlo. Por mi parte, yo me siento responsable de tomar todas las medidas y emplear todos los medios para lograr esta necesidad urgente. No podemos detenernos en consideraciones personales ante una exigencia de Cristo.

3. *Los medios de Renovación.*

Para lograr esto, el Papa en el mismo documento nos señala los medios:

a) “Mortificar en nosotros la *presunción* demasiado conforme a nuestra naturaleza y elevarnos a las regiones de la Santa *humildad*, del verdadero *temor* de Dios, del *valor generoso*”.

(*) Algunos subtítulos han sido agregados para facilitar su lectura.

Si la respuesta de esta revisión es negativa o incompleta ¿qué debemos hacer para efectuar esa renovación de que nos habla el Papa Juan XXIII? Porque, enténdámoslo bien, no habrá “renovación de la vida del pueblo cristiano” si ella no comienza por nosotros.

2. *Las pautas de Renovación* (*)

La pauta de esta renovación nos la da otro documento de S.S. Juan XXIII.

Se trata del discurso de Pentecostés de 1962, especialmente de la invocación final al Espíritu Santo. ¿Qué pide el Papa para nosotros como fruto del Concilio?

a) “Acelera en cada uno de nosotros el advenimiento de una profunda vida interior”.

Si no somos almas de oración no seremos los instrumentos de la gracia que el mundo necesita.

Revisemos delante de Dios si somos fieles a la oración mental de cada día — si rezamos con devoción el “oficio divino” — si hacemos diariamente lectura espiritual — si la Misa es realmente el centro de nuestra vida y si ello se expresa en una ardiente piedad eucarística.

No hay renovación verdadera si ella no procede de las fuentes auténticas: la vida de fe, de esperanza y de caridad, que son fruto de una vida interior. El pueblo cristiano tendrá esa vida interior en la *medida* en que sepamos dársela, y se la daremos en la *medida* en que nosotros la vivamos.

b) “Dad un impulso vigoroso a vuestro apostolado, que alcance a todos los hombres”.

No podemos seguir con un apostolado languido, superficial, rutinario o sin planificar. Es deber de todos nosotros darle al apostolado el impulso, la profundidad, la coordinación y la adaptación que necesita. Tenemos que estar dispuestos a hacer sacrificios para lograrlo. Por mi parte, yo me siento responsable de tomar todas las medidas y emplear todos los medios para lograr esta necesidad urgente. No podemos detenernos en consideraciones personales ante una exigencia de Cristo.

3. *Los medios de Renovación.*

Para lograr esto, el Papa en el mismo documento nos señala los medios:

a) “Mortificar en nosotros la *presunción* demasiado conforme a nuestra naturaleza y elevarnos a las regiones de la Santa *humildad*, del verdadero *temor* de Dios, del *valor generoso*”.

(*) Algunos subtítulos han sido agregados para facilitar su lectura.

a) *Optimismo* de la hora presente. “Hacia un nuevo orden de relaciones humanas” (3). El Papa disiente de “los profetas de calamidades que siempre están anunciando infaustos acontecimientos” (4). “Tales son quienes en los tiempos modernos no ven otra cosa que prevaricación y ruina; van diciendo que nuestra edad, en comparación con las pasadas, ha empeorado; y así se comportan como quienes nada tienen que aprender de la historia” (5).

Es necesario tener una visión clara de nuestro tiempo. Termina una edad histórica y comienza una nueva. El hombre de hoy no es ni mejor ni peor que el de ayer. Posee, sí, una mentalidad y un estilo de vida que difiere mucho del antiguo. Hay que saber distinguir cuidadosamente lo que es sustancial y lo que es accidental, lo perenne y lo efímero, lo que toca a la doctrina y lo que toca las formas en que ésta se expresa.

El refugiarse en un recuerdo nostálgico de los tiempos idos, suele con frecuencia ser una evasión para no mirar de frente los tiempos nuevos con sus deberes y sacrificios.

b) *El objetivo principal* del Concilio es: “que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz” (6). Esto significa, en primer lugar, fidelidad a la tradición y confiada aceptación del progreso humano. Hay que volver plenamente a la rica tradición de la Iglesia. “Volver a la fuente” - “revertimini ad fontes”, fue la voz de orden de S. Pío X. De ahí la necesidad de conocer y de participar en el gran movimiento de renovación pastoral de los últimos años, sea en el campo de la liturgia, de la piedad, de la catequesis o del apostolado.

Junto a esto, la confiada “aceptación del progreso humano” “al mismo tiempo tiene que mirar al presente considerando las nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo moderno que han abierto nuevas rutas al apostolado católico” (7).

La unión de estas dos condiciones hará que se cumpla lo que el Papa pide: “la defensa y propagación *eficaz* de la verdad revelada”.

Tenemos una obligación de eficacia: Esta eficacia depende fundamentalmente de que empleemos los *medios* auténticos que el Evangelio y la Iglesia nos señalan. Nos preocupamos de métodos, asociaciones, Campañas, medios de propaganda, etc., sin preguntarnos *antes* si ellos son los medios que tienen eficacia divina. El Papa nos pide “defensa y propagación eficaz de la verdad revelada” obligándonos con ello a un serio y profundo examen de conciencia, a una revisión de métodos y actividades apostólicas para ver si ellas poseen o no aquella eficacia divina que los hará aptos para el fin que se busca.

(3) Juan XXIII: *Discurso inaugural*.

(4) *Ibid.*

(5) *Ibid.*

(6) *Ibid.*

(7) *Ibid.*

5. Modalidades y actitudes de Renovación

a) El discurso inaugural no se contenta con establecer este principio general, sino que desciende a indicar la *modalidad* de la difusión de la doctrina sagrada.

“Nuestro deber no es sólo custodiar, sino también dedicarnos con voluntad *diligente*, sin *temores* a la labor que exige nuestro tiempo” (8).

Debemos dar sin temor un salto hacia adelante

“hacia una penetración doctrinal y una formación de las conciencias que estén en correspondencia más perfecta con la fidelidad a la auténtica doctrina, estudiando ésta y exponiéndola en conformidad con los métodos de la investigación y con la expresión literaria que exigen los tiempos actuales” (9).

b) Ante los errores, el Papa señala igualmente cuál ha de ser nuestra posición: “La verdad del Señor permanece siempre” (10). No caben transigencias doctrinales, pero

“la Esposa de Cristo prefiere hoy usar la medicina de la misericordia más que la de la severidad; piensa que hay que remediar a los necesitados mostrándoles la validez de su doctrina sagrada más que condenándolos” (11).

Es todo un programa pastoral el que aquí se encierra.

No es la actitud negativa, sino la positiva la que ha de remediar los errores.

“La violencia causada a otros, el poder de las armas, el predominio político, nada sirven para una feliz solución de los problemas que los aflige” (12).

Es tentación fácil caer en una actitud de condenación, de “anti”, pero no es éste el camino del Evangelio. “No sabéis de qué espíritu sois” dijo Jesús a los “hijos del trueno” que pedían fuego del cielo sobre las ciudades que no los habían recibido.

Es más difícil, más lento, pero en cambio eminentemente más eficaz el camino positivo de “mostrar la validez de la doctrina” que el Papa señala.

Cuidémonos de dejarnos envolver por esas campañas negativas que a más de su ineficacia sirven no pocas veces para esconder intereses meramente humanos. No es esa nuestra misión ni nuestra tarea.

(8) *Ibid.*

(9) *Ibid.*

(10) *Ibid.*

(11) *Ibid.*

(12) *Ibid.*

c) La Iglesia, continúa el Papa, pone sobre todo su eficacia en los medios auténticos sobrenaturales de la doctrina y de la gracia: la fe y el amor. Lo mismo que un día Pedro al pobre que le pedía limosna, dice ella al género humano oprimido por tantas dificultades: "No tengo oro ni plata; pero te doy lo que tengo: en Nombre de Jesús Nazareno levántate y anda" (13). La Iglesia, pues, no ofrece riquezas caducas a los hombres de hoy, no promete una felicidad sólo terrena; sino que los hace participantes de los bienes de la gracia divina (14).

Tengamos cuidado con un exceso de *temporalismo*. Tenemos que preocuparnos gravemente de mejorar las condiciones materiales que permitan una vida verdaderamente humana, pero ahí no termina nuestra misión. Somos, ante todo y sobre todo, "los ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios" (15). Que la acción temporal, necesaria, no nos haga jamás perder de vista que Uno es el Salvador: Cristo.

II. *La Palabra de los Padres Conciliares*

Haciendo eco a las palabras del Papa al iniciarse el Concilio, los Padres Conciliares enviaron el Mensaje a todos los hombres, cuyas notas principales podemos resumir en las siguientes, que nos dan una norma de actuación:

1. *Universalidad*; se dirige a todos los hombres de buena voluntad sin distinción de Credos. El Colegio episcopal sucesor del Colegio apostólico, siente y vive su misión para todos los pueblos y naciones. Somos deudores de la humanidad. Nos debemos a todos, "creyentes e incrédulos".

2. *Recordamos a todos* el gran mensaje de salvación: el Amor de Dios Padre a los hombres, encarnado en su Hijo hecho miembro de nuestra raza, orientador de la historia y salvador de la creación. Es el gran "kerygma" que es menester hoy día repetir. El mundo pagano se convirtió por el anuncio de este mensaje. El paganismo de hoy será igualmente convertido por este mensaje que es necesario repetir incesantemente.

3. *Los Pastores* llevan en sus corazones las ansias de todos los hombres, de todos los pueblos, las angustias del cuerpo y del alma, los sufrimientos, los deseos, las esperanzas.

Porque el amor de Cristo los apremia recuerdan de una manera especial los dos problemas de mayor consideración: la paz entre los pueblos y la justicia social.

(13) *Hch.* 3,6.

(14) *Ibid.*

(15) *1 Co.* 4, 1.

Es alentador para el Episcopado chileno, que a menos de un mes de la promulgación de su pastoral sobre "*El Deber social*" (16) de los católicos, el Episcopado universal haya dado este mensaje de sintomático parentesco. Lo que los Pastores chilenos sentimos y dijimos, lo dicen nuevamente los Pastores de la Iglesia universal. El deber de todos nuestros colaboradores hacer comprender la importancia de nuestra pastoral colectiva y cómo ella refleja el pensar y el sentir de la Iglesia Universal.

III. *La Palabra de vuestro Obispo*

Quisiera antes de terminar, señalar tres notas que me parecen de especial importancia:

1. *El Concilio es una comunión con el Papa*, entre todos los Obispos, con todos los miembros de la Iglesia. La adhesión al Papa, la unión con el Obispo, la participación de los laicos en el apostolado jerárquico, son el signo visible de esa comunión.

2. *El Concilio es un triple diálogo*. Con sus propios fieles, con los hermanos separados y con el mundo moderno. Los Obispos han llegado sintiendo que son representantes de sus iglesias particulares. Han dialogado y quieren seguir dialogando con sus fieles a fin de que todos los anhelos se expresen en el aula Conciliar. En el próximo mes de mayo, un cuestionario al clero, religiosas y laicos permitirá al suscrito conocer en forma más precisa el pensamiento de sus diocesanos.

Con los hermanos separados se ha establecido un diálogo tan fraternal y sincero que difícilmente podrá interrumpirse. Cuál será el resultado definitivo de ese diálogo, lo ignoramos, pero sí sabemos que "*ubi charitas et amor, ibi Deus est*" (17).

El diálogo de caridad esperamos que un día se transforme en comunión. Oremos con instancia. No cerremos ninguna puerta. Abramos nuestra mente y nuestro corazón para que ese día auspiciado por Cristo venga pronto.

Con el mundo de hoy. La Iglesia admira sus conquistas y progresos. Pero más allá del progreso técnico mira el espiritual. La Iglesia quiere la salvación del mundo. Vibra en el sentido misionero de nuestro apostolado. La Iglesia quiere ser la conciencia de la humanidad y la luz de la historia.

3. *El Concilio Vaticano II será el Concilio de la Iglesia*. La labor de todos levantará ese edificio; "la Iglesia de los siglos futuros delineada por el

(16) Santiago de Chile, Ed. Universidad Católica (1962), 40 p.

(17) Tr.: "donde hay caridad y amor, ahí está Dios". Son las primeras letras del himno litúrgico griego-cristiano: "Ubi Caritas".

Vaticano II". "Ecclesia Christi lumen gentium". Pero de un modo especial será el que muestra "la Ecclesia pauperum" la Iglesia de los Pobres de que habló Juan XXIII en su memorable discurso del 11 de septiembre:

"Delante de los países subdesarrollados, la Iglesia se presenta —y ella quiere serlo— como la Iglesia de todos y particularmente *la Iglesia de los Pobres*. "Es el deber de todo hombre, el deber apremiante del cristiano, de apreciar su superfluo teniendo en cuenta, las necesidades de los otros, y de velar cuidadosamente porque la explotación y la distribución de recursos de la creación sean subordinados al interés de todos". "Se trata de difundir el sentido social y comunitario que es inherente al cristianismo auténtico y todo esto será afirmado (en el Concilio) con vigor" (19).

Palabras memorables que abren una nueva etapa a la historia de la Iglesia de hoy.

Quiero añadir los comentarios de dos eminentes prelados:

"Es necesario, dice el Card. Gerlier —Arzobispo de Lyon— que la Iglesia aparezca lo que ella es: la Madre de los pobres, preocupada ante todo de dar el pan del cuerpo y el del alma a sus hijos. Ella debe orientar a los que tienen lo necesario hacia la obligación de procurarlo a los que aún no lo tienen".

"La pobreza, dice el Patriarca de Antioquía, Máximos IV, es una cuestión de vida o muerte para la Iglesia; sin ella perderá el mundo obrero".

Los Padres Conciliares quieren considerar profundamente la conexión íntima entre la presencia de Cristo en los pobres y su presencia misteriosa en la acción Eucarística y en la Sagrada Jerarquía.

Los momentos del misterio de la Iglesia que hacen vibrar en la tierra su vitalidad, son la Eucaristía y los Pobres.

4. *El Concilio fruto de la oración, la penitencia y el trabajo común*

El Concilio ha realizado su primera etapa. A través de ella vemos diseñarse su fisonomía; la maternidad de la Iglesia y la paternidad del Obispo; la importancia de las Conferencias Episcopales; la solidaridad del Episcopado universal en la evangelización del mundo ("Fidei domum") (20). La canonización y adaptación del movimiento litúrgico; la importancia del laicado que llega a su edad adulta apostólica. Un gran movimiento ecuménico que no es falso irenismo, se diseña. Una gran esperanza se abre. Una hora de Dios se acerca. "La primavera de la Iglesia" que anunció Pío XII, se avecina.

(19) Juan XXIII. Discurso del 11 de septiembre de 1962.

(20) Documento Conciliar sobre las misiones.



En la intimidad del hogar

Pero el Concilio está en plena realización. Estos meses que nos separan de septiembre, serán meses de trabajo intenso y silencioso.

Pero, sobre todo, son meses de oración y de penitencia.

Debemos en el espíritu que se anuncia, comenzar a realizarlo.

“El cohete espacial del Concilio ha sido lanzado, dijo Jean Guitton (21), nadie podrá detenerlo”.

Mis amados colaboradores:

A través de estas líneas os he dicho algo de lo que pienso para mí y para vosotros. Algo de lo que siento que Dios nos exige a todos en esta hora.

Ayudémonos mutuamente en la plegaria para que “en estos días de salud” ni ustedes ni yo recibamos en vano la gracia de Dios.

Con mucho afecto los bendice en esta Navidad Conciliar.

(21) Jean Guitton. Famoso literato francés contemporáneo. Tiene obras sobre Plotino, Agustín y otros temas filosóficos, religiosos y ecuménicos. Es amigo personal de Paulo VI.

LA ETAPA POST-CONCILIAR.
LOS PROBLEMAS DE CHILE Y LA PLANIFICACION
DE LA IGLESIA CHILENA (1)
(9 - II - 1966)

Queridos hermanos,

éstas no son ni un estudio ni un proyecto. Son únicamente algunas reflexiones sobre el momento actual de la Iglesia en Chile y las líneas de apostolado, que a mi juicio, se precisan.

I. Deseo ante todo, detenerme en una rápida y suscita *visión de la realidad.*

1. El primer hecho que aparece son los graves y profundos *cam-bios* que Chile enfrenta en el presente y deberá afrontar en un futuro muy próximo.

Hay un cambio político, que no consiste sólo en un cambio de partidos en el poder, como antes ha acontecido. Sin pretender juzgar al ac-

(1) Estudio de Mons. Larraín, encontrado en su escritorio y para enviar a los Obispos.

tual gobierno, hay que ver su línea fundamental que consiste en una voluntad de cambios rápidos y estructurales, que el partido de gobierno califica de "revolución en libertad" (2).

Esos cambios políticos están íntimamente unidos a cambios sociales estructurales: reforma agraria, reforma tributaria, reforma urbana, reforma constitucional, etc.

La mentalidad general del país, salvo un sector minoritario que constituye la Derecha, es revolucionaria. Que ella se llame revolución marxista, o en libertad, o como se quiera, hay dentro de la diversidad un denominador común: mentalidad de revolución.

2. Segundo hecho: la mitad de la población chilena es menor de veinte años. Esto significa que si el mayor esfuerzo apostólico en personal y en dinero se está haciendo con la generación de treinta años para arriba, estamos empleando el máximo de esfuerzo, con el sector más reducido.

3. Tercer hecho: la población rural se ha incorporado brusca-mente en la vida nacional. De una parte, la ciudad influye sobre el campo; prensa, radio (se ha hablado con razón que hoy presenciamos la revolución de los "transistors"). De otra parte el campo afluye a la ciudad (red caminera, servicio de buses, etc.). Por último, una parte no pequeña de la población rural, se hace urbana (gran parte de la población central de las callampas, son de origen rural).

4. Existe un fuerte aumento de la influencia estatal. Sus organismos se hacen cada vez más numerosos en el campo de la educación, la beneficencia, la promoción social, la previsión, etc. Muchas obras promovidas por la Iglesia en un rol de *suplencia*, pasan a ser estatales.

II. Situación de la Iglesia chilena, frente a estos cambios

1. Ante todo podemos constatar el gran respeto a que la Iglesia se ha hecho acreedora. Su posición neutral y abierta, le ofrece, hoy más que nunca, óptimas expectativas de penetración.

2. Pero al mismo tiempo debemos constatar que ni el laicismo masónico, ni el materialismo marxista, han perdido su sectarismo antirreligioso.

De otra parte, es posible que por odiosidades políticas hacia la Democracia Cristiana, quieran unir a la Iglesia con ella y confundirlas en un ataque común.

(2) El Gobierno demócrata-cristiano del presidente Eduardo Frei comenzó el 4 de noviembre, 1964. Expresó su orientación en la consigna "revolución en libertad".

3. Es interesante también anotar aquí otro fenómeno y es el de la Derecha Económica en relación con la Iglesia.

Hay en ella dos sectores: el de tradición católica (especialmente conservadores) y el de tradición liberal (en el sentido filosófico de la palabra).

El primero permanece fiel a la Iglesia, pero con una profunda amargura hacia ella. Se sienten postpuestos, sienten que han perdido la primogenitura y no les agrada la posición de avanzada de la Iglesia. Hay fuertes analogías y aún contactos con el "integrismo" de otros países (vgr. "Fiducia", subvencionada por capitalistas brasileños) (3). El otro sector permanece sociológicamente católico, pero en el fondo anticlerical.

4. ¿Cómo afronta la Iglesia chilena esta situación? Podemos definirlo con una frase: existe crisis en algunas instituciones de Iglesia (tomamos la palabra crisis en su sentido etimológico, es decir, decisión entre dos tensiones opuestas).

¿Cuáles son estas dos tensiones?

Son la de un mundo de hace treinta años o cincuenta, en que estas instituciones tomaron su fisonomía y se desarrollaron y en el mundo de hoy.

De esta crisis vienen diversas consecuencias: inadaptación, multiplicidad de líneas pastorales, indiferencia apostólica de gran parte del laicado, desorientación del clero y especialmente eficacia muy limitada actualmente de algunas instituciones (educación, acción católica, acción social).

Esta situación ofrece dos peligros que me parecen muy actuales en Chile:

a) El de encerrarnos en esas mismas instituciones y sepultarnos juntamente con ellas, o

b) El de crear otras nuevas para substituir a las antiguas, con el peligro de que a corto plazo van a sufrir el mismo proceso de esclerosis (el mundo evoluciona más rápido que las instituciones).

En resumen, una Iglesia que no está presente al mundo de hoy y aún menos al de mañana.

5. Este problema se refleja especialmente en dos sectores: el clero y el laicado.

El Clero

Es inútil y perjudicial el oponer clero antiguo a clero joven. Ambos tienen sus grandes virtudes y defectos. Además es desviar el problema de su esencia.

Hay una crisis en el clero y esto debemos verlo con claridad.

(3) La Revista *Fiducia* apareció en 1963.

En primer lugar falta la *mística* de su sacerdocio (hablo del clero en conjunto).

En segundo lugar adolece de un grave individualismo. No tiene una conciencia social de su lugar y de su responsabilidad en la diócesis (obedece o critica al Obispo, o, lo que es más fácil, se pone al margen de las directivas diocesanas).

Le falta una línea pastoral clara en la cual vea las finalidades y las prioridades de su ministerio.

Por último, frente al Concilio, toma una actitud o de revisionismo negativo (“remise en question”) o de “anomia” (carencia de leyes).

Esto no significa dar un juicio desfavorable a nuestro clero, antes al contrario, sino únicamente ver los problemas fundamentales que lo afectan.

Laicado

La idea de un laicado apostólico militante se ha debilitado. En parte la acción política, en parte el excesivo temporalismo, lo ha apartado de una visión apostólica de la vida.

Los cuadros donde el laico apóstol se debe formar (parroquia, colegio, Universidad Católica), cumplen en forma muy deficiente su misión.

Los movimientos apostólicos están reducidos y les falta una *inserción* en la pastoral total de la Iglesia.

III. *La Iglesia del Vaticano II*

Al Episcopado actual le corresponde poner en acción el Concilio.

Este Concilio ha sido definido como un Concilio *pastoral*, lo cual no quiere decir que no sea *doctrinal*. Sería origen de desviación oponer doctrinal a pastoral. Precisamente porque es pastoral es doctrinal. La pastoral es teológica.

Creo que la aplicación del Concilio Vaticano II en la actual situación de Chile, debe tener cuatro líneas fundamentales de acción:

1. *Sobre el clero*

a) Debemos dar conjuntamente al clero la *mística* de su sacerdocio y la visión clara de su misión en la diócesis.

Algunas ideas que pueden orientar esta solución:

El Vaticano II nos ha entregado en la Constitución “De Ecclesia” el misterio del Obispo y del Colegio Episcopal. Es necesario mostrar la

relación del sacerdote con este misterio. Esto exige el que demos una *visión doctrinal* del "Presbyterium". Mostrar cómo el presbyterium unido al Obispo, constituye el Obispo en su plenitud. Mostrar igualmente que los sacerdotes, tomados aisladamente, son nada sin el Obispo.

De ahí proceden dos consecuencias importantes:

— La unión del clero con el Obispo en la triple función sacerdotal de Cristo: Evangelio, Eucaristía, Iglesia. Es decir, el mensaje, el misterio, la comunidad. Lo que corresponde jurídicamente al "munus docendi, sanctificandi, regendi" (4).

— Fraternidad de los sacerdotes, expresión de la misión original, proveniente del Padre, de Cristo y del Obispo. Fraternidad que se expresa en la *vida común*.

Necesitamos entregar al clero, a través de estudios doctrinales, de formación espiritual y de acciones concretas, esta visión, sin la cual vamos a tener que enfrentar muy hondas y difíciles crisis sacerdotales.

El Episcopado, con la ayuda de un equipo de teólogos y pastores, debiera preparar una presentación doctrinal y práctica de esta materia.

b) Esto exige en segundo término, una revisión de las estructuras diocesanas y parroquiales.

— La Curia no puede continuar como un órgano burocrático de dispensas canónicas, o de administración. Tiene que convertirse en un Consejo diocesano donde, bajo la dirección del obispo y con diversa participación del clero, se coordinen las diversas tareas de una diócesis: administración, pastoral, apostolado laico, parroquia, etc.

Al frente de cada una, dos o tres sacerdotes que *están* en el *ministerio* y que al mismo tiempo colaboran en la Curia. Con esto se pondría término a la separación entre curiales y clero.

— Hay que ir a un estudio serio y profundo de reformas de las estructuras parroquiales actuales. Esto se requiere por una triple razón: de vida sacerdotal, de acción pastoral, de razón económica.

2. *Sobre los religiosos y religiosas*

Es necesario llegar a un estatuto donde se precise su incorporación en una pastoral de conjunto. El religioso o religiosa como un "francotirador" en la diócesis no puede continuar.

Sin desmedro contra la autonomía y extensión requeridas para su vida religiosa interna, es necesario hacer realidad el principio aprobado por el Concilio que "todo el campo pastoral cae bajo la jurisdicción del obispo".

(4) tr.: "oficio de enseñar, santificar y regir".

3. *Apostolado laico*

Asistimos a una grave crisis del apostolado laico en Chile, proveniente a mi juicio de tres causas:

a) Falta de distinción clara entre un apostolado de evangelización y uno de orden temporal. Se necesitan ambos, pero debidamente distinguidos, estructurados y coordinados.

Existe un peligro en no distinguir, que puede llevar y está llevando a la confusión. Es una distinción en orden a la coordinación la que se precisa.

b) Falta de una pastoral ambiental de conjunto (política pastoral), que sea capaz de abordar desde distintos ángulos, el problema de cada ambiente. Esto se precisa en tres campos especialmente: el joven, el obrero y el rural.

c) En cada uno de estos campos se precisan tres acciones diversas, simultáneas y sincronizadas: A) sobre un *motor* (militantes). Necesidad de formarlos y asistirlos. B) sobre la masa católica en general, para incorporarla a la acción apostólica. C) sobre la masa indiferente (aquí tienen especial campo los movimientos aconfesionales de inspiración cristiana).

4. *Acción evangelizadora*

Al hablar de la unión del Obispo con su clero hay que precisar los tres modos de acción en que esta actividad sacerdotal se realiza en la plenitud del presbiterium.

a) El anuncio de la palabra - que salva. Es necesario hacer ver la importancia fundamental de la *evangelización*.

Esa evangelización hay que hacerla:

— restituyendo a la lectura de la Biblia su valor insustituible;

— dando a la predicación, especialmente en su sentido kerygmático y doctrinal, toda su importancia. Necesitamos restituir la homilía en el lugar en que la Constitución sobre la Sagrada Liturgia la ha colocado;

— catequesis. Revisión de nuestros métodos. Escuelas catequísticas. El problema de la educación religiosa en las escuelas estatales tiene que ser abordado en forma mucho más completa.

Los grandes problemas culturales vistos a la luz de la doctrina cristiana. Necesidad de que las Universidades Católicas se integren plenamente en un plan conjunto de evangelización.

La evangelización debe llegar a la gran masa. Hasta el momento falta una acción conjunta y eficaz de "comunicación de masas".

A mi juicio esto hay que hacerlo principalmente a través de órganos neutros: periódicos, radio, TV.

Un plan a escala nacional que conozca las posibilidades y necesidades de cada diócesis, debe ser elaborado cuanto antes.

Este plan debe, a mi juicio, abordar cuatro campos: litúrgico, cultural (filosófico y científico), evangélico (cursos bíblicos) y social.

b) La Palabra conduce al sacrificio y al sacramento.

Necesidad de fundar un Instituto de Liturgia que estudie los grandes problemas, oriente y entregue los elementos prácticos para ir a una Liturgia viviente, activa, renovada y profunda.

Necesidad de un Directorio pastoral sobre los sacramentos.

c) Por la palabra que lleva a la fe, por la Eucaristía que lleva al misterio de la re-creación, se constituye el "hombre nuevo". El ministro tiene que ordenarse a "establecer la Iglesia" en cada comunidad humana: familia, sector, barrio, ambiente.

Necesidad de dar la *visión y dimensión* eclesial a todas nuestras actividades.

Es aquí donde debe sentirse fuertemente la acción del "Presbyterium", donde la comunión con el Obispo debe hacerse realidad, donde el sentido *misionero* tiene que inspirar constantemente nuevas actividades apostólicas.

5. *Acción social*

Creo que en el momento actual la Iglesia en Chile debe, en la acción y campos sociales, ir dejando gradualmente su rol de suplencia y concretarse a los siguientes puntos:

a) el estudio de la doctrina social y elaboración concreta de solución de problemas a la luz de esa doctrina. Pienso que las Semanas Sociales pueden convertirse en un organismo permanente que responda a estas necesidades.

b) formación cristiana de leaders sociales (distinguiendo bien su acción de la de los militantes de movimientos apostólicos).

c) presencia activa en las grandes instituciones nacionales: educación, sindicalismo, promoción, beneficencia.

6. *Organos promotores*

Esto exige la creación o renovación de algunos organismos.

a) *Facultad teológica*

El Episcopado debe mirar como una de sus primeras obras la Facultad teológica. Hay que interesar a todas las Congregaciones religiosas. Hay que poner al Episcopado más en relación con ella. Hay que

hacer ver que la primera ayuda en dinero y personal que necesitamos es para una óptima Facultad teológica.

b) *Instituto Catequético*

En Chile funciona el ICLA. El país que menos proporción de alumnos tiene en él es ... Chile.

c) *Instituto Litúrgico*

d) *Semanas Sociales* (5).

Estas líneas, muy incompletas, fueron escritas al correr de la pluma el día 9 de febrero en que, por efecto de una enorme nevazón quedamos bloqueados en nuestras casas, sin poder asistir ese día a la sesión de la Comisión redactora del esquema 13 del Concilio, que ha estado reunida dos semanas para entregar el proyecto definitivo.

Pensando en Chile y sus problemas, he redactado estas observaciones, que las pongo a disposición de mis queridos hermanos por si en algo pueden serles de utilidad.

(5) En la "1ª Semana Social de Chile", Mons. Larraín tuvo a su cargo el discurso inaugural: "La Comunidad Nacional".

EL CONCILIO: LAS TRANSFORMACIONES EN LA IGLESIA Y SU RELACION CON EL MUNDO (1)

"A los laicos católicos corresponde el promover las justas transformaciones políticas".

—¿Cómo ve V.E. la renovación conciliar de la Iglesia?

El cambio de perspectivas eclesiales provocado por el Concilio radica, en gran parte, en que la Iglesia se ha definido a sí misma, y al hacerlo ha manifestado la inmensa riqueza espiritual que contiene como pueblo de Dios. Esta visión de la Iglesia como pueblo de Dios, que el Concilio ha puesto especialmente en relieve, trae consecuencias inmensas para la pastoral. De aquí aparece la Iglesia esclarecida como Comunión. Igualmente, de aquí se destaca en forma relevante la unión de los diferentes elementos que constituyen la Iglesia: Jerarquía, Clero y Laicado concurrendo en una misma misión de expansión misionera.

De todo esto surge a nueva luz una consecuencia fecunda; el apóstolado es misión de todo el Pueblo de Dios. Cada cual tiene aquí su tarea.

(1) Declaraciones de Mons. Larraín para *Incunable*.

Sacerdotes y laicos íntimamente unidos al centro motor del apostolado, la jerarquía, han de realizar el lanzamiento de la Iglesia.

Veo igualmente otra perspectiva eclesial que surge del Concilio: la Iglesia de cara al mundo. Ella toma una conciencia renovada de que ha sido hecha para el mundo. Como continuadora de la misión de Cristo que vino “no a juzgar, sino a salvar al mundo”, la Iglesia del Vaticano II aparece al servicio del hombre. De *todo* el hombre y de *todos* los hombres. *Todo* el hombre; es decir, los valores humanos: cultura, economía, vida familiar y cívica, etc... *Todos* los hombres; es decir, una Iglesia que realiza en plenitud su sentido ecuménico y católico, tal como Pablo de Tarso la describiera. Al gran discurso del Papa —el 7 de diciembre— (2), podemos llamarlo la Carta Magna del humanismo cristiano; la Iglesia y, en forma especial, el Concilio, al servicio del hombre, para llevar el hombre a Dios. Es toda la economía de la encarnación, “por nosotros y por nuestra salvación descendió de los cielos”.

Esta acentuación que el Concilio Vaticano II ha puesto sobre el hombre, tendrá, a mi juicio, proyecciones insospechadas que en el correr de los años se irán concretando. La visión que muchos se hacían de una Iglesia, como un castillo, donde el hombre escapa al mundo, se sustituirá, por la visión de una Iglesia situada en el corazón de la humanidad, con sus puertas abiertas para recibirla. “La palabra de Dios se hizo Carne y habitó en medio de nosotros”.

—¿Cómo ve V.E. el “compromiso temporal” del laicado católico?

En primer lugar deseo precisar que hay que evitar el mal entendido, que en algunos escritos parece insinuarse, de identificar la Iglesia con el Mundo. Tal confusión traería graves consecuencias.

Respondiendo directamente a su pregunta diría que a la luz de la “*Lumen gentium*” (3) y del decreto sobre “Apostolado de los Laicos” se puede hacer este planteamiento: Toda la Iglesia ES sacerdotal, con su doble grado de sacerdocio: el ministerial y el de los fieles. Este pueblo de Dios participa en forma *diversa* pero *conjunta* en la obra redentora de Cristo. En esta tarea apostólica hay que distinguir el apostolado *individual*, al que están llamados todos los fieles por el bautismo, y el apostolado asociado u *organizado*. Este puede ser multiforme y abarca todas las manifestaciones humanas. Sus expresiones características con la *evangelización*, en la cual el laico participa directamente en la misión fundamental de la jerarquía, y la *inspiración cristiana* de lo temporal, como específico, aunque no exclusivo del laico.

Esta inspiración cristiana de lo temporal obliga al laico a estar presente en todas las actividades humanas. Así como puede haber una desviación naturalista, puede también caerse en un “angelismo”, en que por una prudencia mal entendida el laico se aleje de los ambientes humanos donde la Providencia lo ha colocado.

(2) Papa Pablo VI, Discurso del 7 de diciembre, 1965.

(3) *Lumen Gentium* o *Luz de las Gentes*. Nombre del documento del Concilio Vaticano II, referente a la Iglesia.

¿Qué significado tendrían entonces las palabras evangélicas de “sal de la tierra”, “levadura en la masa”, “luz del mundo”, etc.?

—¿Hasta dónde puede llegar en esta línea la Acción Católica?

No olvidemos la palabra de Pío XI “el fin inmediato de la Acción Católica es la recta formación de la conciencia cristiana”. Esta recta formación de la conciencia no puede ser teórica ni meramente intelectual; ha de pasar por la vida. La Acción Católica ha de orientar la inspiración cristiana de lo temporal. Evangelizar implica cristianizar la vida. El diálogo del mundo con la Iglesia implica una doble presencia; a la Iglesia y al mundo. De otra manera el diálogo es imposible. Esta presencia corresponde en primera línea al laicado. Una de las grandes tareas del Concilio ha sido el esfuerzo por presentar a la Iglesia encarnada en la realidad histórica.

De aquí se deduce que si a la Acción Católica como tal no le corresponde una acción directa en lo temporal tiene, sin embargo, como misión principalísima el formar la conciencia cristiana de sus miembros frente a las diversas tareas temporales sin excluir ninguna.

—¿Se puede hablar en algún sentido de “compromiso temporal” de los sacerdotes?

Pienso que la función primera e insustituible del sacerdote es “evangelizar”. Esta evangelización ha de hacerla tomando al hombre en su realidad humana y social. Con el escritor de la antigüedad cristiana el sacerdote ha de decir “nada de lo humano me es extraño” (4). Y repetir lo que san Pablo dice a Cristo “debió asemejarse en todo a sus hermanos”.

Sin mezclarse en los aspectos técnicos de la gestión directa de los asuntos temporales, el sacerdote ha de formar, tanto a nivel individual como colectivo, la conciencia de los fieles. Esto significa comprender todas las realidades humanas. Como en Pentecostés, los fieles han de poder decir del sacerdote que cada uno escucha en su *propia lengua* (es decir, en su realidad *personal*) las maravillas de Dios.

—¿Cómo valora, Monseñor, la experiencia de los sacerdotes en el trabajo?

Pienso que no podemos cerrar los ojos ante el hecho de la descristianización de la masa obrera. Es en palabras de Pío XI “el gran escándalo de nuestro tiempo”. Esto exige experiencias pastorales que permitan la evangelización de los obreros. Entre ellas se encuentra la que Ud. menciona en su pregunta. No es ciertamente una vocación para todos. Pero si algunos con la debida autorización y con las normas que la Santa Sede ha señalado, lo hacen, debemos mirar esta vocación con máximo respeto. Ella permitirá conocer desde dentro la mentalidad obrera, cosa que es muy difícil de hacer desde afuera. Quisiera, eso sí, agregar que aunque esto sea una forma de pre-evangelización, no debe nunca olvidar el sacerdote que ella se ordena hacia la Eucaristía, donde culmina la

(4) Frase perteneciente a Tertuliano.

acción pastoral, según la Constitución de la Sagrada Liturgia. Por lo demás, no existe oposición fundamental entre sacerdocio y trabajo manual. El Sumo y Eterno Sacerdote de la Ley Nueva fue "hijo de carpintero".

—¿Qué me dice, Monseñor, en cuanto a la renovación del diaconado en América Latina?

Lo considero como una gran necesidad, no sólo por la escasez de sacerdotes, sino sobre todo por la constitución y animación de las comunidades cristianas. Cuidemos eso sí, de evitar dos riesgos: el de decapitar el laicado y el de dar excesivas facilidades que rebajen la función diaconal, sobre todo la predicación de la palabra. Una de las grandes renovaciones que el Concilio ha de traer, sea a la luz de la constitución de la Liturgia, sea del decreto de Revelación, es la valorización del ministerio de la palabra y el restituir al anuncio de la Palabra su proyección auténtica. Debemos confesar que una de las grandes crisis de la Iglesia de hoy es la predicación.

—¿Qué urgencias conciliares más apremiantes se han creado de cara a América Latina?

Hay que leer y meditar con gran atención el discurso de S.S. Paulo VI al Episcopado latinoamericano el 24 de noviembre pasado. Ahí el Papa nos habla de una "*debilidad orgánica*" de nuestra Iglesia y nos llama a una "*revitalización*". Esto exige, a mi juicio, tres cosas fundamentales:

a) Evangelización más profunda en orden a los sacramentos. No basta distribuirlos. Se requiere una catequización *adecuada* a cada uno de ellos. Pienso que el aforismo "sacramenta propter homines" (5), ha jugado en exceso en nuestra pastoral. Sin negar su verdad, hay también que pensar que el sacramento es un "*signo*" y que eso exige conocimiento y fe en lo que se recibe.

b) Constitución de comunidades vivientes. Hay que pasar de un cristianismo meramente sociológico a uno de opción cuidando eso sí, de saber equilibrar estos dos términos, "catolicismo de élite" y "catolicismo de masa", pues una desviación en este punto podría traer graves consecuencias pastorales.

c) Una posición decidida de la Iglesia frente al sub-desarrollo en todas sus formas: económico, social e intelectual y espiritual. Hace pocos meses di una pastoral titulada "*Desarrollo, éxito y fracaso de América Latina*" (6). Para nosotros, decía en esa carta, la bomba atómica se llama sub-desarrollo.

—¿Cómo ve, Monseñor, el marxismo en América Latina?

Lo que me preocupa no es lo que los marxistas propugnan, sino si los cristianos somos capaces de hacer en nombre de nuestra doctrina, las justas y necesarias reformas estructurales que urge realizar. El capí-

(5) "Los sacramentos están en función de los hombres".

(6) Santiago: Editorial Universidad Católica (1965).

tulo III de la segunda parte del esquema XIII nos urge a realizar en el campo social las reformas estructurales que América Latina necesita. Antes de examinar lo que los marxistas pretenden hacer, pensemos en lo que los cristianos tenemos que hacer . . . y añado, rápidamente; mañana será tarde. En el campo político, los laicos deben promover las justas transformaciones. Recordemos que Pío XI decía, que la caridad es tanto mayor cuanto más alto sea el campo a que se refiere. Así como hay una caridad hacia el prójimo existe una caridad “erga polis” (hacia la ciudad).

—¿Y el desarrollo del Ecumenismo?

Comienza, pero hay felices experiencias. Los hermanos de Taizé (7) regalan a América Latina un millón de ejemplares del Nuevo Testamento, traducción ecuménica llevada a cabo por tres peritos españoles católicos y dos protestantes. El noventa por ciento de esta edición será para los católicos y el diez por ciento para los protestantes. Hay gestos que valen más que muchos tratados.

—¿Puede comunicarnos alguna decisión del CELAM en cuanto a traducciones litúrgicas?

Se ha logrado la versión única castellana para la cual se ha formado una Comisión mixta compuesta por la comisión episcopal española de Liturgia y la del CELAM.

Se ha hecho ya la traducción definitiva de los prefacios y se está activamente trabajando en la definitiva del Psalterio y del Nuevo Testamento. Como ediciones provisorias se han aceptado dos: la conjunta CELAM-España y la Argentina.

—¿Algunas experiencias renovadoras en la línea de los seminarios?

Habiendo quedado este problema al juicio de las conferencias episcopales y de cada obispo, no puedo hablar en escala continental. Puedo solamente decir que en mi Diócesis he puesto un año, al menos de diaconado, en ejercicio.

—¿Y del clergyman, qué piensa?

Doy mi opinión personal, sin negar que otra diversa tenga también sus razones. Debe existir un traje eclesiástico. Entre los dos en uso, prefiero para los actos no litúrgicos el clergyman. Pienso que si de una parte puede causar en algunos admiración, es un signo externo, por otra parte, de renovación. Por lo demás, lo importante no es que vistamos en una forma u otra, sino que nos comportemos como lo que somos.

(7) Taizé, monasterio de hermanos evangélicos, ubicado en Francia, conocido por su espiritualidad ecuménica y actitud evangélica.

DE ECCLESIA PAUPERUM (1)

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Chilena ha tenido a bien encomendarme, para ser tratado en esta Asamblea Plenaria, el tema de la pobreza en nuestras vidas.

Creo conveniente dividir el tema en dos partes: doctrinal y práctica.

I. *Parte doctrinal*

Me ha parecido que nada mejor podía presentarse, que las palabras pronunciadas en la sesión del 7 de diciembre pasado, en la última sesión Conciliar del primer período por el Cardenal Lercaro, Arzobispo de Bolonia.

Dice el Cardenal Lercaro:

Vbles. Hermanos:

1. Insisto, ante todo, en lo que ha sido dicho por los Emmos. Cardenales Suenens (2) y Montini (3), a propósito de la razón de ser de este Concilio, del orden y de la reducción de ciertas materias, y sobre todo, de la necesidad de elaborar una doctrina sobre la Iglesia.

Hay ahí lugar para buscar una doctrina sobre la Iglesia, capaz de ir hasta los fundamentos y más allá de los rasgos de origen jurídico a los cuales los esquemas parecen haberse apegado muy a menudo.

La conclusión de esta sesión parece ser la siguiente: dos meses de trabajo y de búsqueda muy humilde, libre y fraternal con la ayuda del Espíritu Santo, nos ha llevado a comprender mejor, a todos en conjunto, lo que el Concilio Vaticano II debe proponer a los hombres de este tiempo, a saber, el misterio íntimo de la Iglesia, que es como el gran sacramento de Cristo, Verbo de Dios revelándose, habitando, viviendo y trabajando entre los hombres.

2. Mi intención tiende a hacernos más atentos a la revelación de ese misterio de Cristo en la Iglesia, no solamente permanente y esencial, sino aun de la más grande actualidad histórica. Quiero decir: el misterio de Cristo en la Iglesia es siempre, pero sobre todo hoy día, el misterio

(1) Tt.: "Sobre la Iglesia de los pobres".

(2) Suenens (Card.), Arzobispo de Manilas (Bélgica).

(3) Montini (Card.), el actual Papa Paulo VI, era entonces Arzobispo de Milán.

de Cristo en los pobres, porque la Iglesia, como lo dijo el Santo Padre Juan XXIII, es en realidad la Iglesia de todos, pero sobre todo la "Iglesia de los Pobres".

Leyendo el sumario de todos los esquemas que nos han entregado ayer, he quedado muy sorprendido y emocionado por la laguna que encuentro. Todos los esquemas en nuestro poder, o que nos serán propuestos, no parecen tener en cuenta, por un proyecto —explícita y formalmente proporcionado de acuerdo con la coyuntura histórica— esta revelación esencial primordial del misterio de Dios, aspecto predicho por los profetas como signo auténtico de la consagración mesiánica de Cristo; aspecto ensalzado por la propia Madre del Salvador en la encarnación del Verbo; aspecto manifestado por el nacimiento, la infancia, la vida oculta y el ministerio público de Cristo; aspecto que es la ley y el fundamento del Reino de Dios; aspecto que imprime su marca propia a toda efusión de gracia y a la vida de la Iglesia, desde la comunidad apostólica hasta las épocas de más intensa renovación interior y de desarrollo exterior de la Iglesia; aspecto, en fin, que será sancionado eternamente por la recompensa y el castigo en la segunda venida del Hijo de Dios al fin de los tiempos.

3. Por esto que, concluyendo esta primera sesión de nuestro Concilio, nos es necesario reconocer y proclamar solemnemente: nosotros no cumpliremos suficientemente nuestra tarea, no tendremos un espíritu abierto al plan de Dios y a la esperanza de los hombres, si no ponemos como centro y alma del trabajo doctrinal y legislativo de este Concilio, el misterio de Cristo en los pobres y la evangelización de los pobres.

Es, en efecto, un deber evidente concreto, actual de nuestra época.

Esta época: es una época donde en comparación con las otras, los pobres parecen ser menos evangelizados, y donde los corazones parecen alejados y extrañados en relación al misterio de Cristo en la Iglesia; es una época sin embargo en la cual el espíritu de los hombres solicita y escruta con preguntas angustiosas, casi dramáticas, el misterio de la pobreza y la condición de los pobres, de cada individuo, como también de los pueblos que viven en la miseria y toman actualmente nueva conciencia de sus propios derechos; es una época en la cual la pobreza de un mayor número (los dos tercios del género humano) está ultrajada en comparación con las inmensas riquezas de la minoría, donde la pobreza inspira cada día a las masas un mayor horror y donde el hombre carnal conoce la sed de las riquezas.

4. Recordando, como otros lo han hecho ya, el problema de la evangelización de los pobres, yo estoy lejos de querer añadir otra materia al sumario ya muy copioso de los temas tratados por el Concilio. Pero me veo obligado a afirmar:

No daremos satisfacción a las más verdaderas y a las más profundas exigencias de nuestro tiempo (comprendidas entre ellas nuestra gran esperanza de favorecer la unidad de todos los cristianos), sino, por el contrario, nos evadiríamos si tratamos el tema de la evangelización de los pobres como uno de los numerosos temas del Concilio. Si en verdad

la Iglesia, como se ha repetido varias veces, es el tema de este Concilio, se puede afirmar con plena conformidad con la eterna verdad del Evangelio, y a la vez en perfecto acuerdo con las circunstancias presentes: el tema de este Concilio es ciertamente la Iglesia en cuanto ella es, sobre todo, "La Iglesia de los pobres".

5. Habiendo sido así delimitado el objetivo del Concilio, yo me permito hacer las proposiciones siguientes:

a) Que en sus trabajos futuros el Concilio consagre no sólo una cierta parte, sino tal vez la principal, a la elaboración de la doctrina evangélica de la santa pobreza de Cristo en la Iglesia; que haga resplandecer el designio divino escogiendo la pobreza como signo y forma. Este sacramento de la presencia y del poder salvífico del Verbo encarnado entre los hombres, yo lo digo, es sacramento grande en Cristo y en la Iglesia.

b) Que goce así mismo de una igual prioridad la elaboración de la doctrina evangélica de la eminente dignidad de los pobres en cuanto miembros privilegiados de la Iglesia, puesto que es de preferencia en esos miembros donde el Verbo de Dios ha escondido su gloria hasta el fin de los tiempos.

c) Según la nueva organización de todos los esquemas doctrinales, reclamados por un gran número, que encuentre lugar en todas las materias tratadas, y que sea puesta en claro la *conexión ontológica* entre la presencia de Cristo en los pobres y las otras dos y más profundas realidades del misterio de Cristo en la Iglesia, a saber: la presencia de Cristo en la acción eucarística, por la cual la Iglesia se unifica y se constituye; y la presencia de Cristo en la sagrada jerarquía, que instruye y gobierna a la Iglesia.

Igualmente que en la elaboración de los esquemas de la reforma de las instituciones eclesíásticas y los métodos de evangelización, encuentre lugar y sea puesto en claro, la *conexión histórica* entre el reconocimiento leal y operante de la eminente dignidad de los pobres en el reino de Dios y en la Iglesia; y de otra parte, nuestra capacidad de discernir los obstáculos, las posibilidades y los métodos de reajustamiento de las instituciones eclesíásticas.

6. Así propuesto, bastará, a manera de conclusión y confirmación práctica, dar algunos ejemplos de las materias donde se haría necesario continuar nuestro decreto de reforma con bien entendida sabiduría y moderación, pero también sin ninguna timidez o compromiso:

a) La delimitación del uso de los medios materiales sobre todo de aquellos que llevan por sí mismo una menor apariencia de santa pobreza según la palabra: "No tengo ni oro, ni plata, pero lo que tengo te lo doy" (4).

b) El esbozo de un nuevo estilo o "etiqueta" para los pontífices, de manera que no provoque con admiración la sensibilidad de los hom-

(4) Hch. 3, 6.

bres de este tiempo, ni a los pobres dé ocasión de escándalo, dé temor que nosotros que a menudo vivimos pobremente, parezcamos ser ricos.

c) La fidelidad a la santa pobreza no solamente individual, sino también comunitaria de parte de las familias religiosas; un nuevo comportamiento en materia económica, con abandono de ciertas instituciones del tiempo pasado, desprovistas de utilidad y que entraban el libre y generoso trabajo apostólico.

7. Si nosotros nos mostráramos dóciles al plan de la Divina Providencia, afirmando y reivindicando el primado de la evangelización de los pobres, no será difícil, con la ayuda del Espíritu Santo y la protección de la Madre de Dios, encontrar para todos los problemas, tanto doctrinales como prácticos, un método auténtico de presentación integral, sin ninguna reticencia o atenuación integral, sin ninguna reticencia o atenuación del eterno e inmutable Evangelio de Dios y también proponerlo de tal manera que reúna más fácilmente en la unidad a toda la familia cristiana, así como el Padre y Cristo no son sino uno, y que toque más profundamente los corazones colmando la esperanza de todos los hombres de este tiempo, sobre todo en los pobres en la Iglesia de Cristo, quien siendo rico se hizo pobre a fin de enriquecernos con su gracia y su Gloria.

II. *Parte práctica*

En nuestro mensaje al mundo los Padres Conciliares dijimos: “Renovarnos nosotros y la grey confiada, a fin de que aparezca entre los pueblos el amable rostro de Cristo Jesús” (5).

Se trata de una renovación interna y de los signos exteriores que la expresan. Tratamos del más importante en este tiempo: la pobreza. La Iglesia en el siglo de los pobres, debe especialmente ser la Iglesia de los Pobres.

1. *Simplificación del culto*

a) El Episcopado Chileno hace suyo el voto presentado por el suscrito en el Concilio al tratarse el tema “de sacra suppellectile” (6).

VOTO:

Visum est Sanctae Synodo votum édere ut omnino e sacro cultu tollantur illa ornamenta ac species externae, quae ad dignam claritatem et ad sobriam pulchritudinem nihil conferunt, quinimmo saeculi practi vanitatem aliquomodo sapiunt vel inopportunam magnificentiam aut etiam locupletem pompam” (7).

(5) *Hch.* 3, 6.

(6) Tr.: “Acerca del ajuar sagrado”.

(7) Tr.: “Ha parecido al Sto. Sínodo oportuno expresar su deseo de que aquellos ornamentos y manifestaciones que nada aportan a un digno resplandor y a una belleza sobria, sino más bien se asemejan a las vanidades mundanas por su inadecuada magnificencia y pompa, sean completamente suprimidos en el culto”.

b) Deben observarse estrictamente las normas litúrgicas y de arte sagrado referentes a la sobriedad en el culto. Especialmente en lo que se refiere a iluminación, gasas, exceso de flores, etc.

c) Reglamentar los matrimonios llamados “de lujo” y prohibir el derroche de flores y luces en el templo, los trajes masculinos llamados de etiqueta, las tenidas excesivamente mundanas (de fiesta) de los asistentes, pedir que la novia lleve un sencillo vestido blanco... En una palabra, no seguir haciéndose cómplice de un boato que hiera a la pobreza, de una vanidad que contraría a la humildad, de un derroche de dinero que debería emplearse en obras de beneficencia y caridad, etc. Es imposible que fomentemos la conciencia cristiana sobre el “*uso de lo superfluo*”, si en nuestros templos, ante nuestra presencia y con nuestra autorización, aceptamos el *mal uso* de lo superfluo hecho *por cristianos* y con ocasión de recibir un *sacramento* de la Iglesia.

2. Trajes de los prelados

Debemos ir a una mayor simplificación y austeridad de nuestra “tenida” prelatia:

- a) suprimir las piedras preciosas en las cruces;
- b) suprimir hebillas en el calzado;
- c) suprimir encajes en roquetes y albas;
- d) suprimir la “capa magna” y en lo posible el “ferraiolo”;
- e) usar ordinariamente sotana negra, con cruz, anillo y solideo solamente.

Hay que hacer que nuestra presentación externa sea conforme al espíritu del evangelio y a la auténtica tradición de la Iglesia. No olvidar que la mayor parte de ellas tienen una antigüedad superior a los cuatro siglos, son restos de un pasado “barroco” que reflejan una época vivida en *algunos* países de Europa, y que poco o nada tienen que ver con nuestra realidad latinoamericana.

3. Títulos

El obispo es ante todo un *servidor*. Todas sus funciones son de “ministerio” que se sintetizan en la “*diaconía*”. Su actuación según la mejor tradición de la Iglesia es la de servir y no la de dominar, “*magis prodesse quam praeesse*” (8) nos dice san Agustín.

a) Cambiar el título de “*Excelencia Rvma*” por el de “*Señor Obispo*”, “*Nolite vocari Rabbi*” (9).

b) Suprimir los escudos de armas, que se refieren a una tradición nobiliaria. El Evangelio nos enseña otra cosa: “*deposuit potentes de sede et exaltavit humiles*” (10).

c) Quitar la genuflexión en el saludo al obispo y dejarlo en el simple beso al anillo.

(8) Tr.: “más bien servir que presidir”.

(9) Tr.: “No quieran que se les llame maestros”.

(10) Tr.: “sacó a los poderosos de sus tronos y exaltó a los humildes”, *Lc. 1, 52*.

4) Casas

Procurar que nuestras casas sean humildes. No vivir en los mejores barrios residenciales, sino en los modestos. No llamar a la casa del Obispo "palacio episcopal".

Igual criterio con respecto de los automóviles. Que sean sencillos. Marcas...

PROYECCION DEL CONCILIO VATICANO II A LA VIDA (1)

Hablo con los inmediatos colaboradores en el apostolado al regreso de la III sesión del Concilio.

Y la palabra primera, por no decir, la única, que les entrego es la que encabeza esta comunicación:

Hagamos realidad el Concilio Vaticano II

La realización del Concilio es una obra común de toda la Iglesia. Si todas las fuerzas vivas de la Iglesia no se suman e implican en esta tarea, pueden quedar del Concilio unas magníficas constituciones pero en el papel.

No es menester aguardar la IV y última sesión conciliar. Tenemos ya elementos suficientes para comenzar desde ahora este trabajo.

Pero esto exige:

1. Penetrarse de las ideas fundamentales que dirigen el Concilio;
2. Del espíritu que lo anima;
3. De las reformas que exige, y
4. De la manera cómo debemos ponerlas en práctica.

Es lo que procuraré hacer en la forma más suscinta posible en este *Instrucción pastoral sobre el Concilio*.

I. *Ideas fundamentales que dirigen el Concilio:*

1. Ante todo, la tercera sesión del Concilio nos da la imagen de una Iglesia viva, capaz de buscar la verdad en el debate (a veces apasio-

(1) Manuscrito con el título: "Instrucción pastoral. Hagamos realidad el Concilio Vaticano II".

nado) pero sabiendo lograr la unanimidad en la caridad y en el deseo común de hacer que el Concilio produzca todos los frutos que de él se aguardan.

2. En segundo lugar, el Concilio nos ofrece una visión total de la Iglesia, que lejos de oponer una verdad a la otra las integra en la totalidad general. Así, la Colegialidad Episcopal se integra en el Primado y lejos de disminuirlo lo exalta y lo refuerza.

3. El mostrar en su pleno valor las prerrogativas del Episcopado se integra igualmente en el valor, dignidad y ministerio de los sacerdotes. (La IV sesión debió aprobar la Constitución sobre el Sacerdocio).

La santidad del ministerio sacerdotal, a su vez, se integra en la importancia que el Concilio da al laicado y a su acción apostólica en el mundo de hoy.

La visión del Misterio de la Iglesia (2) se integra en las tareas de esa misma Iglesia en el mundo de hoy.

La vocación universal a la santidad (3) se integra en la consagración del mundo temporal que se ofrece como tarea principal del laicado.

La Iglesia peregrinante se integra en su unión con la Iglesia celestial (4).

La Virgen María, Madre de Dios, se integra a su vez en el misterio de Cristo y de la Iglesia (5).

La firmeza en la doctrina, se complementa en el diálogo ecuménico con los hermanos separados y en la unión a todos los elementos comunes que pueden encontrarse en otras religiones no cristianas (Idea de un solo Dios - Paternidad divina, etc.).

La contemplación de la verdad se integra en las normas concretas de acción; lo inmutable del mensaje evangélico con el "aggiornamento" exigido por el cambiar de los tiempos; la necesidad de leyes y normas que regulen la vida de la Iglesia, con la adaptabilidad de esas mismas leyes a las condiciones de un mundo en rápida transformación.

De este modo, el Concilio, lejos de fragmentar, reagrupa; no cambia sino pone en mejor luz la doctrina; conserva y al mismo tiempo rejuvenece las fuerzas de la Iglesia.

Es el signo claro de un pasar del Espíritu Santo que renueva y vivifica el Cuerpo muerto de Cristo.

4. La Idea central que inspira esta renovación hay que buscarla en dos constituciones, ya en pleno vigor, la de Sda. Liturgia y la de Ecclesia.

La primera busca que la participación activa y consciente del pueblo de Dios en el culto sagrado restituya su verdadero valor y la asamblea cristiana de a la celebración de los misterios su sentido comunita-

(2) Cap. I, *Constitución de Ecclesia*, Esquema XIII.

(3) Cap. V, *Constitución de la Universal Vocación a la santidad*.

(4) Cap. VII, *Constitución de la Indole escatológica de la Iglesia peregrinante*.

(5) Cap. VIII, *Constitución de la Sma. Virgen María*.

rio, devuelva a la liturgia su verdadero sentido y la constituya “raíz y cumbre de la acción pastoral de la Iglesia”.

La segunda es la base de toda la arquitectura doctrinal del Concilio.

Ella le da su unidad orgánica y al mismo tiempo le traza su programa. De ahí proceden las constituciones sobre la acción pastoral de los Obispos, el ministerio sacerdotal y el apostolado de los laicos (que serán aprobados en la próxima sesión).

De ahí mismo también procede, la actitud rigurosamente... (6) que inspiran los decretos sobre el Ecumenismo y sobre las Iglesias separadas (ya aprobadas).

5. De todas esta versión aparece en forma clara el sentido Misionero de la Iglesia de hoy. El mundo ya no está unido en Cristiandad como en la Edad Media. Vivimos la hora del pluralismo religioso. Nos encontramos frente al hecho gravísimo del ateísmo.

Un mundo de dimensiones nuevas se forma. La triple explosión: atómica, demográfica y psicológica de que habla Einstein hace sentir su influencia.

La Iglesia no puede ser la guardiana de un orden fenecido sino la anunciadora de un mundo nuevo. Todo esto se compendia en una palabra: Iglesia misionera, que nos pone ante una seria y profunda revisión de nuestros cuadros apostólicos y de nuestros métodos pastorales.

Hay quienes se alarman ante estos cambios. Hay otros que se impacientan porque no se hacen con suficiente rapidez. A ambas hay que recordarles el sentido de la historia, la visión del presente y las perspectivas del futuro. A ambas; tanto a los que dicen “nos están cambiando la religión”, como a los que repiten “hasta ahora nada se ve del Concilio”, hay que repetirles las palabras de san Pablo: “debe el que are, arar en la esperanza”. A ambos hay que decirles que este Concilio es ya “la primavera de la Iglesia” que anunciaba Pío XII. Pero, a ambos, también hay que repetirles que el Concilio es un gran llamado que Dios nos hace a todos y una grave responsabilidad de la cual deberemos darle cuentas.

II. *¿Cuál es el espíritu que anima el Concilio?*

Respondamos en palabras de Juan XXIII: “Una renovación evangélica de la vida”.

¿Qué significa esta frase?

a) En primer lugar una profundización teológica. La Constitución “De Ecclesia” nos da el material. En vez de la visión apologética. de la Iglesia a una Iglesia que se defiende —la visión dogmática— una Iglesia que se muestra en toda su riqueza a ser misterio salvador. No se puede comprender la renovación espiritual, teológica y pastoral presente si no

(6) Palabras ininteligibles en los apuntes.

se la contempla a la luz de la Constitución de la Iglesia recientemente promulgada. Más aún, el ignorarla o el conocerla en frases incompletas puede producir un doble peligro, o el superficialismo que aumentan la esperanza en unas cuantas reformas superficiales, o desviaciones pastorales que pueden en el futuro traer graves consecuencias.

b) En segundo lugar una espiritualidad bíblica. Volvemos a las fuentes, tal como lo pide san Pío X. La Biblia, tanto en la Constitución “de Ecclesia” y en la de Liturgia como el Decreto sobre Ecumenismo que nos lleva a un contacto mucho más asiduo y profundo con la Palabra de Dios. La Constitución de la Liturgia nos hace ver la presencia de Cristo en su Palabra. La Catequesis y la Predicación buscan en la Biblia su renovación fundamental. Del intelectualismo del “siglo de las luces” se pasa...

EL LAICO EN LA IGLESIA SEGUN EL CONCILIO VATICANO II

Es este un tema que he tenido muy cerca en mis preocupaciones. He formado parte de la Comisión Preconciliar y también de la Comisión Conciliar, y ahora de la Post-Conciliar: por eso he aceptado dar esta conferencia.

El laico en la Iglesia del Vaticano II

El desarrollo de este tema gira alrededor de dos ejes, sigue dos coordenadas que son, podríamos decir, las dos notas determinantes del Concilio Vaticano II: *Iglesia y Mundo*. Se ha hablado de la novedad del Concilio Vaticano II. Se ha dicho mucho más de lo que debiera decirse porque hasta ahora se ha querido presentar como una Iglesia totalmente distinta de lo que es la Iglesia en su Constitución. Debo decir que la gran novedad del Concilio Vaticano II es precisamente la vuelta a sus fuentes, a las raíces mismas de la Iglesia. Es, como dijo Juan XXIII, ante todo mirarnos ante el Evangelio y es todo ese movimiento que hace más de 40 años viene produciéndose en el campo del pensamiento y de la acción de la Iglesia: el “ressourcement”, la vuelta a las fuentes, y es precisamente la expresión de esa vuelta a la fuente, a las fuentes mismas del cristianismo, del Evangelio, la tradición de los Padres —todo el estilo de vida que el Evangelio y la tradición de los Padres nos entregan— lo que el Concilio ha vuelto a poner a luz; de estas fuentes arrancan las dos coordenadas, los dos ejes alrededor de los cuales gira el Concilio Vaticano II y que son también los que determinan la posición del laico en la Iglesia: una visión de la Iglesia y del Mundo.

Me van a permitir entonces que en forma muy rápida trate estos dos temas que me parecen básicos para poder comprender lo que el laico representa en la Iglesia.

I. *La Iglesia, Pueblo de Dios* (*)

En primer lugar la visión que el Concilio nos da de la Iglesia.

Es la Iglesia de siempre; no hay otra Iglesia, pero es una Iglesia rejuvenecida y renovada: dice el P. Congar (1) que la renovación de ideas y de instituciones está sometida a la doble ley de la *continuidad* y de la *identidad profunda* con la idea o la institución que se desea reformar; de manera entonces, que no hay renovación verdadera donde no hay continuidad y no hay renovación verdadera donde no hay identidad profunda con la institución o con la idea que se desea renovar. Y me parece que es esto lo que nos explica precisamente todo lo que el Concilio nos ha dicho de la Iglesia y del Mundo.

La primera pregunta que el Concilio se hizo fue la siguiente:

“Iglesia qué dices de ti misma”. La Iglesia debe pues, definirse a sí misma para presentarse al mundo. Y ¿qué es lo que la Iglesia dice de sí misma? La Iglesia se define como pueblo de Dios. Quizás nosotros no alcanzamos a conocer toda la riqueza y toda la trascendencia pastoral que tiene esta idea de la Iglesia como pueblo de Dios. Ante todo, esta visión de Iglesia como pueblo de Dios, nos pone en la mejor tradición bíblica —no vengo aquí a acumular temas porque este no es el tema de esta conferencia—. Según la historia bíblica da la salvación, el pueblo de Dios es el pueblo de la Alianza, es la alianza con Abraham, es la alianza con Moisés, es la alianza perfecta con Cristo, pero siempre es el pueblo; primero un pueblo carnal, con el cual Dios hace su alianza y en el cual deposita las promesas del mundo futuro, y es después con un pueblo espiritual que es Cristo que adquiere las palabras que leímos hace pocos días de san Pedro: “El Pueblo que él adquiere con su sangre” es siempre el pueblo de Dios”: sentido bíblico y sentido histórico. Es toda la historia de la salvación injertada en la historia de los hombres, de manera que no hay dos líneas que corren paralelas, la Historia Sagrada y la historia profana. Es la historia de Dios en la historia del hombre, y es la historia del hombre proyectada en la historia de Dios. Yo creo que ésta es una de las grandes visiones que el Concilio nos da y por lo tanto —porque nos da una visión histórica de la Iglesia— el Concilio nos da también de ella, una visión dinámica. La Iglesia no es una plaza fuerte, establecida e inmóvil, la Iglesia es un avanzar del pueblo de Dios en la historia del mundo, un caminar del pueblo de Dios con el caminar de la historia del mundo para llegar a la historia definitiva que es precozmente la consumación final en el tiempo. Sentido dinámico y al mismo tiempo actual. La palabra “pueblo” tiene hoy día un carácter extraordinario; con la palabra puedo querríamos decir todo el sentido de la historia moderna; el pueblo que se incorpora plenamente en la historia del mundo preci-

(*) Algunos subtítulos han sido agregados para facilitar su lectura.

(1) Congar Ives, teólogo dominico francés contemporáneo, especializado en Eclesiología.

samente adquiere a la luz de esta definición *Iglesia-Pueblo de Dios*, todo su significado sagrado y todo su significado trascendente y absoluto.

De esta definición que la Iglesia ha dado de sí misma, Iglesia-pueblo-de Dios, se sigue la consecuencia que tiene inmediata repercusión en el tema que vamos a tratar: *La integridad comunitaria*. No son diseños parciales: aquí la jerarquía, ahí los religiosos, allá los laicos. Es, como un organismo, una integridad comunitaria. La Iglesia es la Comunión de todos estos elementos diversos, con diversas funciones, con diversas actividades. Sin embargo, se integran en una actividad común. El valor grande que esto tiene es alejarnos de esa visión clerical de la Iglesia.

Yo siempre recuerdo, mucho antes del Concilio, una expresión muy antigua de gentileza y de respeto pero no bastante exacta quizás: que cuando a uno lo hacían pasar primero, le decían: "la Iglesia pasa primero". Yo siempre respondía: pero si la Iglesia somos todos. Como dijo Pío XII en aquel memorable discurso: "Vosotros sois la Iglesia". Así que no es: la Iglesia pasa primero, no, es: la jerarquía pasa primero.

Esta visión de integridad comunitaria nos da entonces que estos elementos, jerarquía, sacerdocio, laicado, todos, tienen una misión común; funciones diversas, pero una sola vida con el cuerpo; órganos diferentes, pero un solo organismo; actividades diferentes, pero un solo apostolado, porque no hay más que un apostolado. La palabra apóstol significa enviado. Dios envía a su Hijo a la tierra, envía a Cristo; Cristo envía a sus apóstoles; los apóstoles se continúan en los obispos; los obispos, a su vez, llaman al sacerdocio y al pueblo fiel, y la Iglesia se hace presente en el mundo —lo repetimos varias veces— por el laicado y el sacerdocio conjuntamente. El sacerdocio solo y el laicado solo no pueden hacer aparecer el verdadero rostro de la Iglesia en el mundo. De manera entonces —repito— que esta visión del pueblo de Dios nos da una visión de integridad comunitaria. La Iglesia es una comunidad viviente, es la comunidad que obra, que opera, que actúa. Integramente apostólica en la misión única de la salvación del mundo, toda la Iglesia es apostólica, toda la Iglesia integrada en una misión común: la salvación del mundo.

Me parece a mí que esto tiene una importancia muy grande para que comprendamos la responsabilidad que a todos nos cabe en la salvación del mundo.

Todos estamos unidos de diferentes maneras a Cristo, sacerdote, profeta y Rey en la constante edificación de la Iglesia. La Iglesia es una sociedad sacerdotal. La Iglesia tiene una *acción*, diríamos real, en el sentido de conducir al pueblo de Dios. Todos tenemos entonces la responsabilidad de edificar la Iglesia, de construir la Iglesia que significa comunidad. Todos tenemos que hacer la comunidad, la comunidad en Cristo, la comunidad en la fe, en la esperanza en el amor, en la vida.

La Iglesia siempre está en construcción, no es cosa definitiva. La Iglesia siempre, porque es Iglesia itinerante, que va caminando hacia un término que está más allá del tiempo y que está más allá del mundo. No debemos decir jamás "aquí llegó la Iglesia". La Iglesia siempre, mientras el mundo exista y mientras el mundo camine, caminará con el mundo hasta el día del Señor.

La Iglesia siempre en renovación interior. La palabra renovación, a veces nos parece un poco dura, hasta escandalosa. No olvidemos que en la Iglesia hay un doble elemento, un elemento divino y un elemento humano, y que ese elemento humano debe estar constantemente renovándose. Y ya dijimos con las palabras del P. Congar, que toda renovación no es cambio de identidad, ni es discontinuidad; todo lo contrario, es continuidad y es identidad con aquello que se desea renovar. La Iglesia siempre es renovación interior. Y si tomáramos la historia de la Iglesia, (no lo voy a hacer ciertamente), veríamos que en las grandes etapas de la vida de la Iglesia, las grandes figuras de la Iglesia, son precisamente las figuras, las líneas y los momentos en que la Iglesia ha sentido la necesidad de esa renovación interior. Recordemos a san Francisco, para no citar más que una figura tan conocida y querida: La Iglesia siempre en misión. La Iglesia porque es itinerante, porque está caminando con el mundo, porque tiene una misión a la cual nunca puede decir “llegué”, solamente lo podrá decir el último día del mundo. La Iglesia siempre en misión, es decir, es una Iglesia que siempre debe estar constantemente llegando a los hombres, a todos los ambientes, a todos los sectores, a todas las ideologías, estar llevando el mensaje eterno de Cristo. La palabra del Card. Suhard (2): “La Iglesia en estado de misión”, creo que refleja esto.

Por lo tanto, yo creo que con esto cae esa concepción de “Iglesia establecida”, “castillo feudal”, “no se puede tocar nada en la Iglesia”; concepción de la que vienen muchos escándalos de personas: “nos están cambiando a la Iglesia”; “nos están cambiando el catolicismo”; “nos están cambiando nuestra religión”. Al contrario, se está renovando nuestra religión, se está renovando sin cambiar la identidad profunda y se está cambiando en la identidad perfecta con lo que Cristo precisamente estableció. Yo creo que sería una magnífica tesis que podría desarrollarse a la luz de la historia interna de la Iglesia: ver esa *continuidad* o identidad, y al mismo tiempo, esa *renovación*.

De ahí viene el otro concepto que es el que nos entrega el Concilio, de la Iglesia que avanza, una Iglesia que camina, una Iglesia que, precisamente porque es el Cuerpo Místico de Cristo, porque es entonces un organismo cuya cabeza es Cristo, el Cristo vivo, el Cristo resucitado y cuya alma es el Espíritu Santo que renueva la faz de la tierra, como dice la oración litúrgica, cuya misión es llevar a todos los hombres, no solamente a mirar hacia el pasado y conservar, sino también, a penetrar y a mirar hacia el futuro. Yo siempre recuerdo esa respuesta de un jocista cuando un asesor al dar una conferencia les decía: “tenéis que estar preparados para el mañana”, y él le respondió: “y ustedes, ¿están preparados para pasado mañana?” Y esa es la realidad y eso es precisamente lo que el Concilio Vaticano nos está dando, nos está preparando para el pasado mañana. El Concilio Vaticano está mirando toda esa evolución rapidísima del mundo, y no le teme a esta evolución, como no le ha temido

(2) Suhard, Card., Arzobispo de París.

jamás a ninguna cosa porque sabe que precisamente manteniendo su identidad, su continuidad y su finalidad es como podrá dar la respuesta.

II. *La Iglesia y su Misión en el mundo*

El mundo es el segundo eje alrededor del cual gira el Concilio Vaticano. Es necesario considerarlo, pues, para obtener la figura del laico según el Concilio.

Hay una concepción, podríamos llamar, de la filosofía griega del mundo: la de la "Moira", el destino fatal; o una concepción maniquea del mundo, el dualismo maniqueo, es, decir, el principio del bien y el principio del mal, entonces todo lo que es acción del *cristiano* debe alejarse del mundo, de lo temporal, de lo material. La mayor parte de las herejías que ha habido en la Iglesia, desde la primera de los "docetas" en el año 70, derivan de esta concepción dualista: Cristo no pudo tomar el cuerpo humano porque la materia es mala. Contra esta herejía, san Juan escribió su Evangelio y comienza en su prólogo diciendo: "Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". En cambio la concepción bíblica del mundo, esa concepción que nos arroja maravillosamente el Génesis, cuando en el relato de la creación repite esa palabra: "y vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno" (3). Después crea al hombre y le da este mandato: "creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla" (4). El hombre es —como dicen los escolásticos— un microcosmos, es como un mundo en pequeño, todo el mundo está encerrado en el hombre. Esta visión del mundo es optimista, es cierto; aunque no podemos olvidar que el mundo ha sido dañado y maleado por el pecado. Tal es la visión que aparece sobre todo en la Constitución Conciliar que se llamó el esquema XIII: "La Iglesia en el Mundo de hoy".

Aparece allí la estrecha solidaridad de la Iglesia humana con el conjunto de la familia humana: el goce y la esperanza, las lágrimas y angustias del hombre de hoy día, sobre todos los pobres —los de la clase afligida— son también goce y esperanza, lágrimas y angustias de los discípulos de Cristo, y nada hay verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón. Es la gran tradición de la Iglesia. En el segundo, lugar, la Iglesia ha sido hecha para el hombre. Yo me permito recordarles el maravilloso discurso de su santidad Paulo VI el 7 de diciembre, que yo querría llamar el discurso del humanismo cristiano, el discurso del humanismo integral. El nuevo humanismo integral, dice el Papa, es comprender al hombre en su condición. Este Concilio pretende emitir su juicio bajo esta luz sobre los valores que se consideran fundamentales: ¿*qué siente* la Iglesia del Hombre?, ¿qué recomendaciones se han de hacer para la edificación de la sociedad moderna?, ¿cuál es el significado últi-

(3) *Gn.* 1, 31.

(4) *Gn.* 1, 28.

mo de la actividad humana en el mundo? Problemas como estos son los que esperan respuesta. Y cuando se les haya dado una, aparecerá con mayor evidencia la reciprocidad del servicio entre el pueblo de Dios y el género humano. Es decir, en vez de oposición entre el mundo y la Iglesia hay reciprocidad de servicios, que deben prestarse al pueblo de Dios y al género humano, en que este pueblo de Dios está injertado, está inmerso.

De manera que el Concilio nos da una ontología del mundo, es decir, lo que el mundo es para el cristiano. El mundo es el sitio donde se juega el drama de la salvación, el mundo es el sitio donde la acción de Dios se desarrolla. Cristo no vino a realizar una obra misteriosa, esotérica, Cristo vino a meterse en la humanidad. Por eso siempre quiero corregir cuando dicen por ahí: "Cristo vino a salvar a las almas". No es cierto, Cristo vino a salvar a los hombres. Por eso el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros. Cristo pudo salvarnos de otra manera, pero no lo quiso. Cristo se hizo hombre, tomó la condición humana, la de siervo, como dice san Pablo, y vivió hasta la muerte. Hasta la muerte Cristo sintió todo lo que pasa por el corazón humano; cuando la escena de la Samaritana, dice que Jesús, cansado del camino, se sentó, san Agustín comenta y dice: "Se cansa, la fuerza de Dios", Cristo sufrió la angustia, el temor, el temblor; todo pasó por el corazón de Cristo. Así que el Concilio nos da una ontología del mundo, lo que el mundo es para el cristiano y al mismo tiempo, a esa ontología corresponde una sociología, es decir, el mundo en sus manifestaciones concretas; y después nos muestra las formas diversas de sociabilidad: la familia, la sociedad humana, la profesión, el trabajo. Todos los problemas que agitan al hombre, ése es el mundo de que nos habla. No es un mundo abstracto, es un mundo concreto. A esa ontología, a esa visión del mundo corresponde una sociología, una visión concreta.

III. *¿Quién es el laico?*

1. *Fuentes de estudio*

Alrededor de estos dos ejes ya vamos a ver entonces al laico. Ante todo, permítanme señalar lo siguiente: hay una serie de documentos conciliares que tratan del laico:

a) En primer lugar la Constitución "Lumen Gentium", este tesoro extraordinario, que creo que de aquí a 20 años vamos a comprender y a sacar algo de lo que ahí está encerrado.

b) La Constitución "La Iglesia y el mundo moderno", la constitución que costó mucho porque era la primera vez que se hacía sobre este tema; porque en realidad había mucha dificultad para hacerla. Me tocó estar en la comisión y ser testigo de los 4 esquemas que se iban pasando uno tras otro hasta llegar al cuarto.

c) "Constitución de la Sagrada Liturgia", donde se destacó la importancia de la Asamblea del Pueblo de Dios; donde el sacerdote es el

presidente de la asamblea, donde todos los miembros de la asamblea del Pueblo de Dios tienen un *rol* que desempeñar, tienen la parte activa que jugar.

d) "Decreto sobre el apostolado laico".

e) "Decreto sobre el ecumenismo": todo este movimiento ecuménico que debe apasionarnos porque significa el gran diálogo con nuestros hermanos separados. El decreto ecuménico da una importancia inmensa a la acción del Laico.

f) "La declaración sobre la educación".

Estos son los principales documentos en que se habla del laico. Pero, hay dos documentos, dos piezas maestras que son: La Constitución "Lumen Gentium" sobre la Iglesia, y el "Decreto del apostolado laico". Me voy a quedar unos momentos en la primera.

2. *Precisiones preliminares*

Es interesante, aunque parezca aburrido, señalar el orden de los capítulos: Cap. I: El misterio de la Iglesia, es este misterio que se nos presenta a nosotros. Cap. II: La Iglesia pueblo de Dios, lo que hemos dicho hace un momento. Cap. III: Los pastores que deben regir el pueblo de Dios, la jerarquía. Cap. IV: El laicado. Y vemos aquí como una cosa se va entroncando en otra, cómo el misterio de la Iglesia se expresa en el pueblo de Dios, cómo ese pueblo de Dios se relaciona con la jerarquía, y cómo el laicado está en íntima conexión con esa jerarquía que es el pueblo de Dios, para cumplir todos juntos la misión que Dios le asigna a su pueblo.

Tenemos en el Cap. IV, una primera definición del laico. Todos los sacerdotes que están aquí saben que hasta ahora la única definición oficial del laico era una definición negativa, la que teníamos en el Derecho Canónico: "el que no es sacerdote ni religioso". Recuerdo al Cardenal... Obispo Inglés Benedictino, contaba que una vez un no católico le preguntó: ¿Cuál es la posición del laico en la Iglesia? y él le respondió: "de rodillas en la consagración, y sentado en la predicación".

En el Cap. IV de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia se dice que se entiende por laico a todos los fieles, a excepción de los miembros que han recibido un orden sagrado y los que están en estado religioso reconocido por la Iglesia, es decir, los fieles cristianos que por estar incorporados a Cristo mediante el Bautismo, constituidos en pueblo de Dios y hechos partícipes a su manera en la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo, ejercen por su parte, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo. Por lo tanto, yo quisiera analizar un poco en primer lugar su carácter secular. El laico es el que está incorporado a la Iglesia por el bautismo, es el hombre que está en el mundo, que pertenece al mundo. Y aquí hay tres elementos interesantes. En primer lugar hay una unidad en la diversidad, que analizaré en el número siguiente. Luego, hay una igualdad en la actividad común de la edificación del cuerpo de Cristo. Todos, desde el Papa hasta ese niño que están

bautizando hoy, en este momento en la parroquia tal de Santiago, todos, en este momento, todos, tienen una actividad común en la edificación del cuerpo de Cristo. Pero, segundo en la diversidad de funciones. No vayamos entonces a caer en una concepción que va contra la Constitución misma de la Iglesia. La Iglesia es jerárquica (la palabra jerarquía viene de dos palabras griegas: hieros-arché, orden-sagrado). La Iglesia es jerárquica porque hay funciones diversas. Una es la función de la jerarquía que rige y orienta al pueblo de Dios; una es la función del sacerdocio que tiene precisamente por misión convocar al pueblo de Dios en la Palabra y en la Eucaristía. Otra es la misión de los seglares. Todos tienen misiones diferentes, pero en la unidad y unidad en la comunidad de relaciones. Por lo tanto, los pastores, al servicio de los fieles y los fieles aportan el concurso gozoso de su ayuda.

—Aquí me voy a apartar un segundo, pues es muy interesante ver la función episcopal jerárquica, que está señalada en el Concilio no como un dominio, sino como un servicio.

Es toda la antigua tradición de la Iglesia, decía san Agustín, es decir más y mejor servir que dominar. De manera que la jerarquía tiene un gobierno que gobierna sirviendo. Hay una página —que no me resisto a leer— muy hermosa, en la más pura y auténtica tradición de la Iglesia:

“Si pues, los seglares por designación divina tienen a Jesucristo por hermano, que siendo Señor de todas las cosas, vino sin embargo a servir y no a ser servido. Así también tienen por hermanos a quienes se constituyen en el sagrado ministerio enseñando, santificando, gobernando con la autoridad de Cristo, apacienta la familia de Dios de tal modo que se cumpla por todos el mandato nuevo de la caridad. Así como Cristo vino a servir y no a ser servido, los pastores de la Iglesia vienen a servir y no a ser servidos y si por ello obtienen el gobierno de la Iglesia, por otra parte, se sienten hermanos con aquellos que forman el pueblo de Dios”.

Y aquí viene una hermosa cita de san Agustín:

“Si me aterra el hecho de lo que soy para vosotros, esto mismo me consuela, porque estoy con vosotros; para vosotros soy el Obispo, con vosotros soy el cristiano. Aquél es el nombre del cargo, éste el de la gracia; aquél el del peligro, éste el de la salvación”.

3. *El papel del laico*

Y aquí entonces aparecen varias conclusiones que hemos de destacar.

a) *Carácter obligatorio del apostolado laico*

En primer lugar, el apostolado de los laicos, que vamos a señalar más adelante, no es algo facultativo. Todo laico porque pertenece a la Iglesia, porque está injertado en el Cuerpo Místico de Cristo, porque está

unido a la jerarquía en el servicio de la edificación del cuerpo de Cristo, tiene una misión apostólica. Ahora, cómo la cumpla, es cosa diversa, pero todos tienen una misión. Por lo tanto siendo la caridad el mandato primero de la ley y siendo la caridad el fiel de la balanza en el cual nosotros vamos a ser juzgados, la mayor caridad es precisamente el servicio de nuestro prójimo. Y ese servicio de nuestro prójimo, lo hacemos en cualquier forma apostólica que vayamos realizando; el juicio definitivo del cristiano va a ser favorable o desfavorable según si cumplimos o dejamos de cumplir este mandato de la caridad, que no es dar una limosna solamente, que es el servicio de nuestro prójimo. Por lo tanto, el apostolado de los laicos no es algo facultativo —lo quiere hacer, no lo quiere hacer— tiene que hacerlo. No digo que tiene que pertenecer a tal institución, a tal organización. Pero el apostolado tiene que hacerlo porque es la consecuencia de su bautismo. Tampoco es una cuestión de oportunismo. Yo a veces he oído esta razón, que siempre he encontrado muy pobre: “Hay tanta escasez de clero; por eso llamamos a los seglares”. Es hacerle muy poco favor a los seglares. Aunque hubiera abundancia de clero, siempre la misión del seglar es insustituible. Y repito lo que dije antes, y lo volveré a repetir: la Iglesia representa en el mundo el rostro de la Iglesia por el sacerdocio y por el laicado conjuntamente. Una Iglesia clerical no es la Iglesia; una Iglesia totalmente laical no es la Iglesia; sacerdocio y laicado conjuntamente nos dan el rostro verdadero de la Iglesia. Entonces viene el llamado que hace la Iglesia. Llama al laicado para que asuma su misión y al clero para que la deje asumir. Así que incumbe a todos los laicos colaborar en la hermosa empresa que el divino designio de salvación alcance más y más a todos los hombres de todos los tiempos y de todas las tierras; “ábraseles pues, camino por doquier, para que en la medida de sus fuerzas y de las necesidades de los tiempos participen también ellos celosamente en la misión salvadora de la Iglesia”.

¿Cuál es el fundamento por el cual los laicos tienen esta función y misión? Hay un triple fundamento: Los laicos, toda la Iglesia, dijimos, es sacerdotal en el sentido de que toda la Iglesia debe ofrecer a Cristo el sacrificio de alabanza y los laicos participan del sacerdocio de Cristo por el Bautismo y por la Confirmación. Hay una diferencia con el sacerdocio ministerial de los presbíteros que, como dice el Concilio, no sólo, es cuestión de grado, sino también cuestión de sustancia. Pero con el bautismo el laico tiene la capacidad de ofrecer sacrificios al Señor. Todos los actos de nuestra vida vividos en el espíritu de Dios, pasan a ser ofrendas agradables a Dios y entonces comprendemos el valor del trabajo, el valor del sufrimiento, el valor de las lágrimas. Lo que dijo Juan XXIII, visitando un hospital: “No se debe perder una lágrima, no se debe perder un dolor”. Todo tiene valor divino: la lágrima, el dolor, el trabajo, todo es ejercicio del sacerdocio. Por lo demás, tiene un fundamento bíblico muy rico. San Pedro en su Epístola y san Pablo en su primera Epístola a los Corintios nos dice: “Sea que comáis, sea que bebáis, sea que hagáis cualquier cosa, todo hacedlo en el nombre del Señor, dándole gracias”(5).

(5) 1 Co. 10, 31.

Y este es el sentido de esa expresión que no fue bien comprendida en el primer momento, el año 1957, que dio el Papa Pío XII en su discurso del apostolado de los laicos, cuando habló y dijo que “la consagración del mundo es esencialmente obra de los laicos”. El laico que es digno en el mundo tiene que consagrar ese mundo en el cual estamos viviendo. Ese mundo del trabajo, ese mundo del que sufre, es el mundo. Las cosas no se consagran por fuera, se consagran por dentro.

Perdonen un chiste, no se si es de buen o mal gusto. Pero yo siempre digo lo que un cristiano en un almacén, por ejemplo, no es que tenga el nombre de un santo y, peor que peor, un santo en la puerta; sino que lo cristiano en un almacén es que el metro tenga cien centímetros y el kilo tenga mil gramos, porque a veces con santo y todo las medidas y las pesas no están de acuerdo con el sistema métrico. Esto parece un chiste, pero lo cristiano es el metro, lo cristiano es ahí la romana, no es el santo tal. Y nosotros a veces queremos cristianizar por fuera. Cuántas veces —perdonen una confidencia aquí— lo invitan a uno a bendecir una máquina en una fábrica, y yo pienso con terror en la frase de Pío XI en la *Quadragesimo Anno*: “La materia sale de la fábrica ennoblecida y el hombre sale de la fábrica envilecido”. Y uno va a bendecir; está bendecida la máquina. Cuántas veces la máquina no es más que para esclavizar al hombre, no digo que sea siempre. Repito que la consagración del mundo tiene que hacerla el que está en el mundo, consagrarlo por dentro, tomando su mundo —lo vamos a decir más adelante— y dándole su medida actual. Y Uds. me dirán ¿y entonces el sacerdote no tiene ninguna misión? Claro que la tiene e inmensa. Y cuanto más se realiza la acción del laico, más grande aparece la función del sacerdote, muchísimo más grande.

Cuando se estaba tratando esto, no faltaron algunos sacerdotes que dijeron: bueno, los obispos y los laicos resultan “promovidos” y los sacerdotes, no. Al contrario, en la Iglesia la promoción del obispo es la promoción del sacerdote, y la promoción del laico es la promoción del sacerdote, y la promoción del sacerdote es la promoción del laico. Hay una interdependencia enorme, maravillosa entre estas funciones diversas. Al sacerdote le corresponde sobre todo el culto comunitario de la asamblea Eucarística, la entrega oficial de la Palabra de Dios, la convocación, la reunión del pueblo de Dios. Que las gentes sean capaces de poder ofrecer sus vidas a Cristo mediador. Hay una magnífica definición de la diócesis en el Decreto del ministerio Pastoral de los Obispos. La diócesis es una porción del pueblo de Dios, es un territorio que se confía a un obispo para que lo apaciente con la cooperación de su presbiterio: de forma que, unidos al pastor y reunidos por él en el Espíritu Santo, por el Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia particular en que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo que es una, santa, católica.

El laico participa de cierta manera del sacerdocio de Cristo, lo que se llama sacerdocio común o sacerdocio de los fieles. En segundo lugar, el laico participa del ministerio profético de Cristo; —¿qué es ser profeta?— nosotros a veces tenemos una idea un poquito curiosa: los pro-

fetas bíblicos de barbas largas que anunciaban el porvenir. No, no era solamente el porvenir lo que anunciaban los profetas. El profeta era el que proclamaba la palabra de Dios y el que increpaba al pueblo porque no estaba de acuerdo con el mensaje de Dios. El sacerdote con los laicos participan de la función profética de Cristo en diferentes maneras. Primero, por el testimonio de la Vida. En el siglo III, ya escribía un autor que nosotros los cristianos: “non multa loquimur, vivimus”, “no hablamos muchas cosas, vivimos”. Y en la epístola a Diogneto (6), también en esa misma época, dice lo siguiente: que los cristianos no se diferencian de los demás hombres, llevan la misma vida de los demás, pero se diferencian en el estilo de vida, y eso me parece a mí que es fundamental. El cristiano no es el que anda cargado de cruces, de insignias, ni haciendo la señal de la cruz a cada instante, ni diciendo jaculatorias. Es sobre todo el que vive, el que da testimonio de su vida. Por lo tanto es el testigo de Dios en medio del pueblo, en medio del mundo. Segundo, por ser el que encarna el mensaje en un determinado ambiente, en una situación, por ejemplo la familia, la profesión —no voy a entrar en detalles—. Son los que tienen en seguida la función profética dando el sentido sobrenatural al acontecimiento. Cuánto podríamos hablar aquí sobre el sentido sobrenatural del acontecimiento, que no es el fatalismo, que es el sentido de la Providencia, en el sentido de los Padres, que es la fuerza de Cristo en nosotros. Ese hombre extraordinario que se llamó Péguy, hace decir a Dios esa palabra: “je suis l'événement”, “yo soy el acontecimiento”. Y ese testimonio apostólico que es la función profética del laico, sólo produce efecto cuando es expresado con una vida teologal. No se trata de hacerle propaganda a Dios, porque muchos creen eso, No, Dios es el dueño de todo. Para poder poner a otros en contacto con Dios, uno tiene que estar en contacto con Dios. El contacto que da la Fe, que da la Esperanza, que da la Caridad, esas virtudes teologales que son las que orientan la vida cristiana. Pero, al mismo tiempo, el laico cumple su misión profética como cooperador de la verdad por la palabra, de donde el laico tiene la obligación de profundizar en la doctrina. Yo creo que en esto debiéramos examinarnos la conciencia, tenemos que reformarnos totalmente. “Esta niña ya hizo la primera comunión, se confirmó y... aquí no más queda la religión”: del salón en el ángulo oscuro, de su dueño tal vez olvidado...”. Esa es la verdad, la obligación que tenemos. Leemos el diario, compramos toda suerte de revistas, ponemos la radio, ponemos la televisión. Yo no digo que sea mala ninguna de esas cosas. Pero, ¿tenemos el cuidado, el hambre de la Palabra de Dios, tenemos el hambre de conocer mejor a Dios y a Cristo?

b) *El compromiso temporal del laico*

Y, en segundo lugar, tienen la obligación —los laicos— de aceptar los compromisos temporales, para poder ahí, en ese compromiso tem-

(6) *Epístola a Diogneto*, Cap. V.

poral ser el testigo, ser el que da sentido del acontecimiento y ser el que da la palabra que orienta a la luz de Cristo, y pone en contacto con él.

Por último, el laico participa también en este dominio de Cristo. Cristo es Rey y el laico es el hombre que está en las estructuras humanas. Cuidado aquí: tenemos que respetar esas estructuras humanas. Todas las estructuras humanas tienen una verdad natural y divina y tenemos nosotros que despertar y poner en juego la teología que Dios mismo dio a esas estructuras humanas. Sabemos que el mundo ha sido hecho por Dios para el hombre, y que el mundo es bueno porque es de Dios y el mundo conduce a Dios. Estando aquí, en una casa jesuita, no puedo olvidarme de la meditación de san Ignacio del uso de las cosas temporales. El mundo ha sido hecho por Dios para el hombre y el hombre debe despertar constantemente las jerarquías divinas que hay en el mundo para darle al mundo su desarrollo y todas sus fuerzas.

Las épocas históricas tuvieron su valor. Es estúpido (perdonen la palabra) comenzar a criticar las épocas históricas. Todas tuvieron su valor y tuvieron su razón de ser. Pero así como tuvieron su valor y su razón de ser, dejaron de tenerla. Y así como es estúpido renegar de esas épocas históricas, es insensato querer aplicar estos datos históricos, ya pasados, a las circunstancias actuales del mundo. La era constantiniana tuvo un valor. La cristiandad medieval, tuvo un valor. Pero hoy día no podemos hacer ni la era constantiniana, ni la cristiana medieval. Podría aquí seguir enumerando otras cosas, pero me he quedado en el siglo XIII porque es más seguro.

El gran peligro de querer retornar a algo, es imponer en nombre de Cristo una imagen sobre la vida o una estructura muerta. Qué mal espantoso se ha hecho en hacer coincidir el Occidente con el Cristianismo. Es la tragedia de las misiones lejanas. Se ha querido occidentalizar esas culturas más antiguas que la misma cultura occidental, como la cultura china, la cultura japonesa, etc. . . . Por eso el P. Mateo Ricci, el gran misionero de la China, en el siglo XV - XVI, tuvo una visión extraordinaria. Y quién nos dice que mañana todas esas culturas antiguas no ofrecerán al cristianismo un campo maravilloso donde podrá desarrollarse siempre que no se ligue a una estructura determinada. Occidente tiene un valor, el Occidente cristiano. Pero, sería absurdo, ilógico, renovar ese valor del occidente cristiano. No queramos imponer la figura occidental a todo un mundo que tiene otras culturas y otros modos de ver.

Nos dice el Concilio:

“Deben pues los fieles conocer la naturaleza íntima de todas las creaturas, su valor y su ordenación a la gloria de Dios, y además deben ayudarse entre sí también mediante actividades seculares para lograr una vida más santa, de suerte que el mundo se impregne del Espíritu de Cristo y alcance más eficazmente la justicia, la caridad y la paz”.

(7) *Lumen Gentium*, 36. 2.

Esto significa para nosotros comprender la época, el momento del mundo que estamos viviendo. Y esta Constitución Conciliar nos muestra precisamente el cambio del mundo, la metamorfosis que el mundo está sufriendo en todos sus aspectos. La metamorfosis incluso cultural, psicológica, es lo que tenemos que comprender. Esto significa entonces que el cristiano tiene que estar presente en el problema del desarrollo. En un trabajo que hice sobre esa materia el año pasado, yo decía lo siguiente: hace pocos días cumplí 39 años de sacerdocio —en los 38 decía entonces— hasta ahora nadie se había acusado de no cooperar con el desarrollo (no faltó en nada al sigilo de la confesión). Yo creo que tenemos que examinarnos la conciencia porque el desarrollo tiene como fin, que el mundo alcance su medida. Esos niños y esa gente que muere de inanición y esas poblaciones marginales... No es que cada uno sea responsable singular de ello; pero sí somos responsables si acaso nosotros no cooperamos en el desarrollo. Y el desarrollo es lo que dijo el Cardenal... —el nuevo nombre de la paz—. La paz hoy día se llama desarrollo y el subdesarrollo se llama guerra. Y para nosotros los latinoamericanos la bomba atómica se llama subdesarrollo.

Segundo, el perfeccionamiento de la persona, no de la nuestra, tenemos que en todo lo que signifique perfeccionar la persona humana, las tareas de la cultura, las tareas de la instrucción, las tareas de la habitación, son tareas del hombre y por lo tanto tareas del cristiano. Porque —como lo decía Paulo VI en su discurso del 7 de diciembre—: “La iglesia está hecha para el hombre y para el servicio del hombre”.

Y en tercer lugar, se nos llama a la construcción del mundo. Yo veo que vamos rápidamente, después de este Concilio, a hacer la teología de las actividades humanas fundadas en el servicio. Y aquí viene la teología del trabajo, la teología del saber, del intelectual, del profesional, del político, es decir, del hombre que interviene en la cosa pública, la teología de todas las actividades humanas para que este servicio beneficie a todos los hombres. Y eso explica por qué la Iglesia tiene tanto en el tapete su doctrina social. Hay personas que han dicho que es oportunismo de la Iglesia. Al contrario, la Iglesia quiere poner en los laicos la conciencia de que es cumpliendo su labor social, edificando el mundo y dándole al mundo una medida humana como están sirviendo al mundo, a Dios y a Cristo.

c) *El Decreto del Apostolado de los Seglares*

Llego al decreto “*Apostolicam Actuositatem*”. Esto es un decreto sobre el apostolado de los seglares. Yo quería citarles algo sobre la historia de este decreto, pero voy a decir dos palabras nada más. Y es que por primera vez en la historia de los Concilios —desde los Concilios de Jerusalén en el siglo I, desde el siglo IV hasta ahora, ésta es la primera vez que se dedica un decreto sólo a los laicos. Es una situación nueva. ¿Qué es lo que había antes? Había laicos sobresalientes por su virtud, por su trabajo. Eran una excepción. Pero el laicado como tal, no tenía existencia reconocida como una categoría distinta en la historia de la

Iglesia. Y ahora el laicado aparece como un organismo en el seno del pueblo de Dios. Los laicos forman el laicado. El laicado es dentro del pueblo de Dios, el conjunto de los laicos organizados y armonizados, tal como una composición musical. No se trata de entonar notas, se trata de jerarquizarlas, armonizarlas, y ahí saldrá la composición musical.

Llegamos entonces a lo que nos dice esto. Primero, que los laicos —perdonen por repetirlo, debo repetirlo— participan en la misión de la Iglesia, pero participan de un modo propio, de un modo laical, por eso el laico es el laico. Y el beato —esa palabra que no nos gusta mucho— es el laico que juega al clérigo, o como dijo uno más maligno “que no ofende a Dios pero lo molesta”. Pero esta originalidad del laico ¿de dónde viene? Precede de lo específico de su estado y de su situación en el mundo. Vive en el mundo, en medio de las cosas profanas, su desafío entonces, primero es santificar al mundo profano. No se olviden que la palabra profana viene de *profanus*: lo que está antes del templo. Después se ha cambiado el sentido y ha pasado a tener un sentido peyorativo. Pero la vocación laical es santificar al mundo profano, y esa vocación de santificar el mundo profano (lo dice la “Lumen Gentium” y lo dice “el apostolado de los seglares”) determina la espiritualidad del laico. Esta espiritualidad del laico se inspira en la vida activa del laico en medio del mundo y de los hombres. Es como lo decía hace un instante, un servicio de fe, de esperanza, de caridad. Hoy se ejercita la caridad sirviendo a los hermanos. Y ahí como en el decreto de los presbíteros se dice una cosa hermosísima, que muchas veces en la vida de los sacerdotes hay el peligro de la dispersión en medio de las múltiples actividades del sacerdote, es la caridad pastoral —esto está tomado, de Sto. Tomás. Sto. Tomás define al sacerdote: “un hombre que por amor de Dios se consagra al servicio de sus hermanos”. Así también entonces, el laicado se inspira en la vida activa. No es un hombre que se retira —tengamos cuidado, este es el gran peligro—. En otras épocas teníamos una pastoral de conservación (preservación?). Entonces hicimos el teatro católico, el club católico, el billar católico y la piscina católica. Y ¿qué sacamos con esto? que el cristiano fuera un hombre separado del mundo. El cristiano es un hombre presente al mundo y a los hombres, pero presente en virtud, no de una simple filantropía, sino en virtud de la fe, esperanza y caridad. De la fe porque sabe que llega al Cristo de la esperanza, porque espera el mundo futuro y de la caridad, porque ama a Cristo en el amor de sus hermanos.

Los elementos —lo repito— de esa espiritualidad, no están en el aire sino en las condiciones concretas de su existencia, de la familia, de la profesión, de su situación social. He aquí por ejemplo, cómo hemos de alabar al movimiento familiar cristiano que da una espiritualidad a la familia, a la vida conyugal, a todo lo que significa la vida de familia. Por qué no hablar también de la profesión, la profesión tomada no como un simple medio de actividad humana o de subsistencia, sino que tomada al mismo tiempo, como una vocación en medio del mundo, en nuestro ambiente social, en nuestro barrio, en el ambiente en que vivimos. Entonces esa espiritualidad se estira en la vida activa de los seglares, toma sus

elementos de las condiciones concretas de su existencia y se desarrolla —y esto me parece muy importante— en una espiritualidad de los estados de vida.

En el año 1957, en el Congreso del apostolado laico, me tocó hablar sobre este tema: la espiritualidad. Y debo insistir en la espiritualidad de los estados de vida. Que cada estado de vida llama a la Santidad. Porque en la Iglesia, y esto lo dice maravillosamente el Concilio: “la vocación a la Santidad es universal”, estamos llamados todos a la santidad. Y todo estado de vida, sea el sacerdocio, el religioso, el laicado, todos estos son estados que deben llevarnos a lo que es la condición final de la vida cristiana. Porque la vida cristiana debe conducirnos a Cristo y la posesión de Cristo es la santidad.

Nuestro apostolado, sin embargo, se especifica en forma aparentemente diversa. Voy a señalarlas muy rápidamente: Primero; el apostolado de la evangelización y santificación de los hombres, el decreto habla de esto en algunos aspectos. Segundo; la participación en la vida litúrgica. Qué importante es esto. Cómo debiéramos nosotros hacer de nuestra Iglesia, de nuestros actos litúrgicos una cosa atrayente, hermosa. Yo leí hace dos o tres años un artículo que se llamaba “El gusto de oír misa”, no el dolor de oír misa, sino que el gusto de oír misa. La Misa como una fiesta, la fiesta de la familia de Dios que se reúne y donde nos sentimos maravillosamente hermanados en una sola oración y sabemos cantar con lo que Dios nos dio para cantar. Yo siempre les digo así a los que les dio mala voz: cantamos mal, en el reino de las aves hay jilgueros y hay queltehes y cada uno canta a su manera, pero todos cantan al Señor.

IV. *Dos grandes preocupaciones actuales*

1. *Participación con el movimiento ecuménico*; el movimiento ecuménico tenemos que comprenderlo. No se trata de un casi heroísmo, de renunciar a nuestras doctrinas. No se trata de halagarse, se trata de convivir en caridad con nuestros hermanos y llegará el día —eso estará en el misterio de Dios y en nuestra oración, caridad y santidad— llegará el día entonces en que esa unidad se realice y se cumplirá el deseo de Cristo. Hay un solo rebaño y un solo pastor. Pero como no sabemos cuándo vendrá ese día, nos toca a nosotros tomar parte y tomar una actitud de diálogo con nuestros hermanos, una actitud de comprensión, como la hay de ambos lados. Yo no puedo aquí, en este momento, dejar de mencionar y lo hago en forma personal y casi cumpliendo un deber personal de amistad y gratitud con los hermanos de Taizé, Comunidad protestante de Borgoña de 40 religiosos que viven la vida contemplativa orando por la unidad. Cuando el obispado a mi cargo hizo un trabajo en la Reforma Agraria, la primera ayuda vino de mis hermanos, que no tienen la misma

fe, ni la misma lengua, ni la misma raza, y que no son ricos y que en este momento —los hermanos de Taizé— imprimen un Nuevo Testamento, un millón de ejemplares para distribuir en la América Latina, en edición ecuménica. En el movimiento misionero del mundo, cuando nosotros vemos que llegan a nosotros, aquí a Chile, de diversos países, porque sienten la necesidad de cooperar con nosotros, ¿no sentimos nosotros, tal vez, la intranquilidad de ser sólo los que recibimos?

2. Pero sobre todo debo detenerme en otra cosa: *la instauración cristiana del orden de las cosas temporales*. El orden temporal tiene un valor propio, goza de una autonomía. Y los laicos obran en ese orden temporal con su responsabilidad propia. Yo no le voy a decir al abogado cómo defiende su juicio, no le voy a decir al ingeniero cómo haga sus cálculos, ni le voy a decir al médico, ni al obrero cómo ejecute tal cosa. Por la razón de que no soy técnico y porque soy incompetente. Pero sí yo le voy a decir al laico que este mundo temporal debe conocerlo, debe juzgarlo, debe dar la respuesta a los problemas que le den. Debe perfeccionarlo. Nosotros no conocemos nuestro mundo, no conocemos porque no dialogamos. Yo siempre me recuerdo de esa película hermosísima de Pièrre Fresnay. Cuando en esa noche en el conventillo, san Vicente de Paul, oye el grito del borracho, oye la mujer de vida pública que va golpeando las puertas, oye la tos del tuberculoso, etc., y entonces se toma la cabeza y dice: “Señor, perdón, no lo sabía”. Nosotros tenemos que decir esto: no conocemos ese mundo temporal, conocemos nuestro mundo, nuestro círculo. Tenemos que conocerlo y tomar conciencia de la realidad. Tenemos que amarlo porque muchas veces nosotros conocemos pero no amamos. Valery tiene una página hermosísima en que cuenta a ese turista que entra a un museo y mira todas las pinturas y no aprecia ninguna. Y pone en la puerta del museo esta frase: “No entres sin amar, depende de ti que yo sea tumba o tesoro”. Nosotros tenemos necesidad de juzgar, formar un juicio sobre los problemas del mundo. Porque cuanto más el mundo profano crece, se hace más difícil la formulación de los juicios cristianos. Tenemos necesidad de tres fuentes: oración, doctrina y apostolado. Con la oración tomaremos el sentido sobrenatural de las cosas. En la doctrina profundizaremos en la realidad que se nos dice. Como movimiento apostólico entraremos en contacto con los problemas. Y por último, realizar. El laico no puede oír un llamado sin responder. Su respuesta debe ser una respuesta en acción. Y hoy día el mundo nos lo exige a nosotros, en estos cambios profundos que el mundo está sufriendo.

De ahí que la Constitución sobre “La Iglesia en el mundo de hoy” nos exige mayor autenticidad, una adhesión personal a la fe, una verdadera concordancia con esa fe, un sentido auténtico de lo divino. Todo esto nos exige el mundo de hoy y así tenemos que actuar.

Y aquí una palabra muy especial para la Acción Católica. La Acción Católica no ha terminado con el Concilio como algunos deseaban. La Acción Católica sigue siendo una forma eminente del apostolado seglar y sigue siendo una acción que le es particularmente exclusiva. Que dejando campo abierto a otras formas del apostolado laico, sin embargo,

ella por ser esa cooperación con la jerarquía, por su universalidad y por ir buscando los mismos fines y el mismo fin de la Iglesia tiene siempre en el pensamiento de la jerarquía de la Iglesia un lugar muy especial sin que sea exclusiva.

Conclusión

Y termino mostrándoles una cosa que creo tiene importancia. Empinémonos un poquito sobre el momento actual y miremos un mundo que se está haciendo, un mundo que debemos hacer, un mundo que debemos hacer mejor, un mundo que debemos hacer más bello y que debemos hacer más santo. Y veremos cómo Dios tiene en todo momento una respuesta a los problemas del mundo y que esa respuesta se llamó Juan XXIII, esa respuesta se llamó Concilio Vaticano II y se llama Paulo VI. Y es una respuesta enorme, inmensa que nosotros tenemos la obligación de penetrar. En tanto, hay dos peligros: el peligro de quedarnos "a lo que te criaste", que es un peligro gravísimo; "no nos vengan con novedades", "la Iglesia es la misma". Es una Iglesia rejuvenecida y renovada, y sería una infidelidad al Espíritu Santo no oír la voz de Dios que nos habla en el Concilio. Y el otro peligro, de querer lanzarnos por nuestra cuenta, de querer hacer un Concilio a nuestra manera, que la Iglesia de este modo, que también es un peligro gravísimo que debemos evitar. Por lo tanto, debemos conocer y empinarnos —decía yo— sobre esta hora del mundo y mirar cómo los laicos en este momento reciben una vocación extraordinaria. Una vocación que tienen desde el comienzo de la Iglesia, que es una vocación que aflora en este momento actual del Concilio y que ciertamente es una señal maravillosa de la juventud de la Iglesia, de la fuerza de la Iglesia y sobre todo lo que Dios está preparando para el hombre. Yo tengo un optimismo inmenso, porque no veo problemas, ni peligros, ni dificultades, ni males. Sino que cuando yo veo que Dios ha puesto estas premisas es porque Dios va a sacar también las consecuencias. Y esas premisas se llaman precisamente, esa promoción del laicado en medio del mundo, para salvar al mundo y, al mismo tiempo, darle a la Iglesia ese aporte y esa vitalidad que la Iglesia espera. Por fin, podremos hacer una Iglesia *a la medida de los hombres y a la altura de Dios*, QUE ES LO QUE EL CONCILIO PIDE.

Y termino leyendo la última página de la Constitución Conciliar "La Iglesia en el mundo de hoy": "Los cristianos teniendo presente la palabra de Dios: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros" (8). Nada desean más ardientemente que servir con generosidad y eficacia a los hombres del mundo presente. Así, fieles al Evangelio y confiados de las energías que de él provienen, han aprendido, con todos los que aman y defienden la justicia, aquella gran

obra, de la cual deberán dar cuenta a Aquél que nos ha de juzgar a todos el último día. No todos los que dicen “Señor, Señor” entrarán en el reino de los cielos, sino aquéllos que hacen la voluntad del Padre y ponen de veras manos a la obra. El Padre quiere que veamos en todos los hombres y amemos realmente a Cristo hermano, de palabra y de obra, dando así testimonio de la verdad. Quiere también que comuniquemos a todos el misterio del amor del Padre celestial. Por esta vía, en todo el mundo, los hombres serán animados a una viva esperanza, que es don del Espíritu Santo, hasta que finalmente sean recibidos en la paz y felicidad supremas, en la Patria que resplandece en la gloria del Señor. “A Aquél que es capaz de hacerlo todo, mejor de lo que pedimos o entendemos, según el poder que obra en nosotros, a El la Gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús, para siempre. Amén” (9) (10).

(8) *Jn.* 13,35.

(9) *Ef.* 3,20-21.

(10) Constitución *Gaudium et Spes*, N° 93.